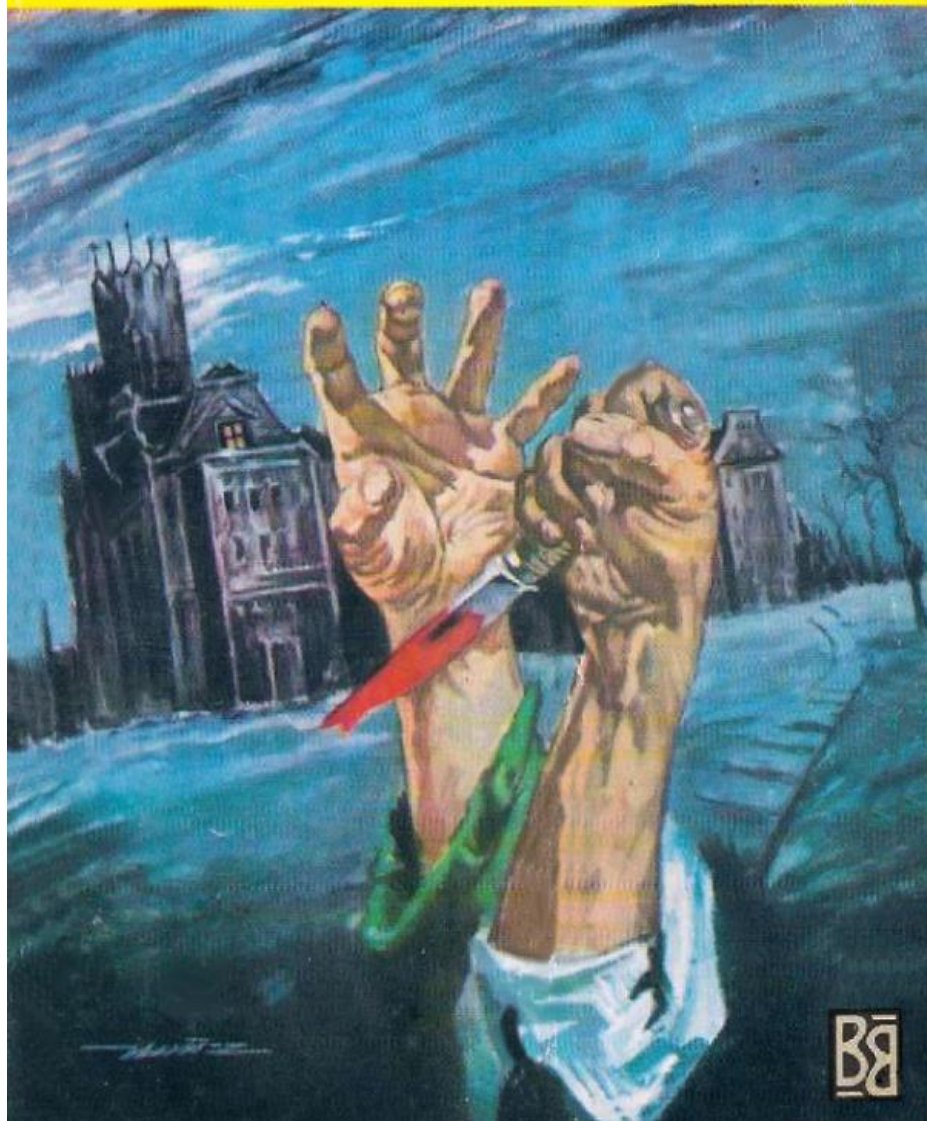


PUNTO
ROJO

locura homicida

alar benet



BB

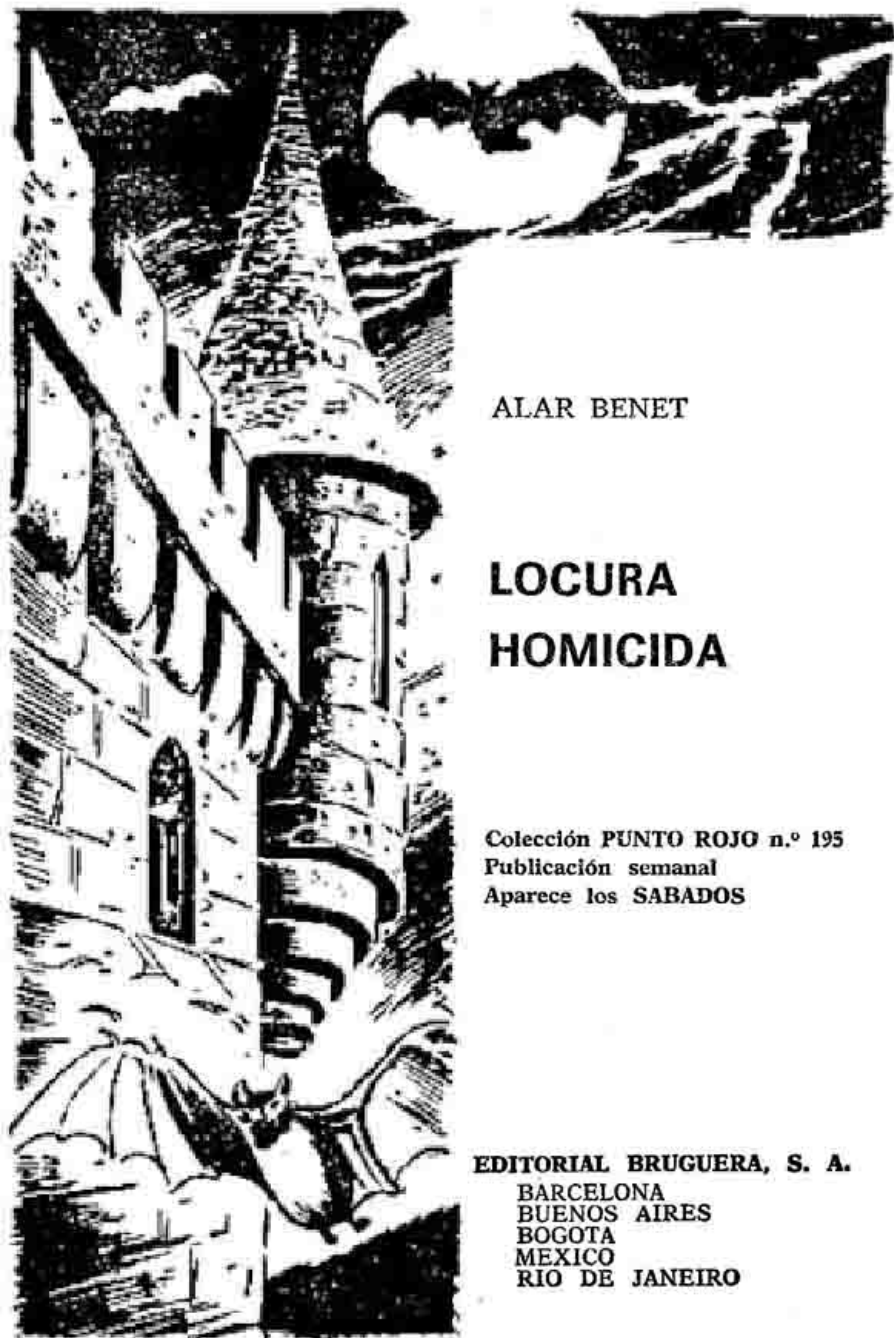
LOCURA HOMICIDA



ARTHUR
FROST

altavira

MAGGY LESTON



ALAR BENET

LOCURA HOMICIDA

Colección PUNTO ROJO n.º 195

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 35.291 - 1965

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero 1966

(C) ALAR BENET - 1966

sobre el texto literario

(C) JORGE NÚÑEZ - 1966

sobre la cubierta

(C) COSTA Y ALTAMIRA - 1966

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 8.748/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

935 — Rancho «Doble W»

En Colección COLORADO:

420 — Aguila Blanca.

En Colección BRAVO OESTE:

190 — Caravana maldita.

En Colección CALIFORNIA:

427 — Tres letras de plata.

En Colección KANSAS:

334 — El hijo del enemigo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

802 — Derby sangriento.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

93 — Guerra implacable.

En Colección BUFALO:

637 — Luna de sangre.

En Colección PUNTO ROJO:

172 — Puños de hierro.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

169 — La ciudad maldita.

CAPÍTULO PRIMERO

El edificio del Pennsylvania Insane Asylum, de enormes proporciones y severa arquitectura, parecía dormido. Sin embargo, en una celda, un enfermo hacía inauditos esfuerzos por librarse de la camisa de fuerza, mientras sus ojos, desorbitados, reflejaban un odio sin límites.

En los dormitorios individuales cientos de seres olvidaban sus tragedias con el sueño. Algunos gemían sin despertarse. Tal vez el subconsciente les mostraba escenas de la vida pasada.

El enfermo del guardia del Pabellón del Sur paseaba fumando un cigarrillo. Sus manos temblaban.

Se detuvo para escuchar detrás de una puerta. Era un nombre de edad madura, con más de quince años de servicio en el manicomio. No le impresionaba la soledad ni el ambiente trágico del establecimiento sanitario. Su desasosiego lo producía otra cosa.

Se sentó en una silla de mimbre, en un pequeño vestíbulo. Procuró serenarse. Eran inútiles las lamentaciones. El mal estaba hecho.

Paseó. Su sueldo apenas si era suficiente para cubrir las necesidades de la familia. Su hija Verónica deseaba vestir bien. Ella no quería ser menos que sus amigas, cuyos padres eligieron profesiones mejor remuneradas.

Consultó su reloj de pulsera. Faltaban veinte minutos para las tres de la madrugada. Su inquietud iba en aumento.

El comportamiento de Verónica le disgustaba. Pretendía salirse de la esfera en la que se crio. Él era de condición humilde y su felicidad consistió en no pretender más de lo que por su inteligencia y su trabajo le estaba permitido. Hasta que la hija se hizo mujer vivió feliz con su esposa, primero como ordenanza de la Oficinas de Navegación, junto al río Delaware, y luego, mejorando de sueldo, en el hospital de Pennsylvania para dementes.

¡Solo quince minutos! Se había comportado como un necio aceptando y gastando ese dinero. ¡Si pudiera devolverlo! ¿Cómo? Representaba su sueldo de medio año y John Smith, el dueño del cabaret de Broad Street, tenía fama de implacable.

El tiempo avanzaba. Cada segundo era para Denis Bolt un nuevo motivo de angustia. ¡Iba a traicionar la confianza depositada en él por sus jefes! Y todo, ¿para qué? Aquellos dólares no duraron más que unos días. Verónica los gastó en vestidos, zapatos y adornos para su persona.

Aplastó la punta del cigarro en el cenicero y encendió otro. ¡Diez minutos le separaban de la deshonra! ¿Por qué fue débil? ¿Por qué aceptó ir al cabaret de John Smith? De un lado, el *whisky* ingerido, y de otro, el

recuerdo de una borrascosa escena familiar, en la que Verónica se lamentó de que todas sus amigas tenían novio menos ella, le cegaron, impulsándole a la maldad.

Le consoló recordar la promesa del propietario del local:

—Es posible que no sea necesario que se comprometa. Tal vez le devolvamos a Frank Leston antes del amanecer.

Suspiró.

Con paso lento, cual si intentara demorar su llegada al sitio indicado por Smith, anduvo por el largo pasillo y alcanzó el jardín. La noche era espléndida. La suave brisa del Atlántico le acarició el rostro.

Anduvo por entre los bien cuidados macizos hasta la tapia, que bordeó, llegando a la salida del servicio del hospital.

Esperó en silencio. El tiempo parecía enormemente largo. Ansiaba terminar.

Tres golpes espaciados retumbaron en su cerebro.

Respondió con la misma contraseña e introdujo una llave en la cerradura que, bien engrasada, no produjo el menor ruido. La hoja metálica se abrió despacio.

—Pasen —autorizó el enfermero—. Han sido puntuales.

—Usted también. ¡Debió quitarse la bata blanca ¡Le verán desde lejos.

—¡Sé lo que hago! —fue la seca respuesta de Denis Bolt—. Nuestra labor no se reduce solo a las galerías sino también a los patios. Sígueme.

Los dos hombres, que vestían trajes oscuros, obedecieron al empleado del manicomio. Los zapatos, de piso de goma, no producían el menor ruido sobre la arena.

Ya en el interior del edificio, Denis Bolt se detuvo, encarándose con sus acompañantes.

—El asunto será más difícil de lo que suponíamos, señor Smith.

—No lo creo.

La respuesta seca, cortante, impresionó al enfermero.

—Después de la cena, Frank Leston sufrió un ataque y hubo que ponerle la camisa de fuerza. El médico se negó a inyectarte. Al parecer confía en su curación. ¡Escuchen!

Un sollozo prolongado, casi un aullido, se elevó en el aire haciendo estremecerse a los que escuchaban las palabras de Denis.

—¿Es él? —inquirió uno de ellos, de manos anchas, cubiertas de vello, nariz chata y frente estrecha.

—Sí. Dentro de unas horas, extenuado, será fácil de dominar.

—Ahora también —aseguró John Smith—. ¡Vamos!

—¿Qué piensan hacer con él?

—No le importa. Le pagué para que me obedeciera. ¡Supongo que no se volverá cobarde a última hora!

El enfermero miró con desprecio a Smith. Por un segundo sintió deseos

de abalanzarse contra él. Se contuvo.

—Procuren no hacer ruido.

Con un gesto de dolor en sus labios, Denis anduvo hasta una puerta en cuya parte superior había un ventanillo, por él que miró antes de abrir la celda. Pensando que quizá al ver al demente los dos hombres desistirían de su criminal propósito, dio la luz. El cuadro era espantoso. En el suelo, enfundado en una camisa de fuerza, yacía el perturbado.

—Se tiró de la cama —dijo Denis—. Si quieren dar la sensación de que ha huido tendrán que rasgar la camisa reglamentaria. Se exponen a ser atacados. Su locura es homicida. Es el enfermo más peligroso del hospital.

Recalcó la frase. No obtuvo el efecto apetecido. John Smith se volvió a su compañero, que le interrogaba con el gesto.

—Nada puede detenernos. No dudes, Tovne.

El aludido sacó de uno de los bolsillos de la americana un frasco de boca ancha y una gasa, empapándola en el líquido. Un fuerte olor a cloroformo se expandió en el ambiente.

Sin temor, con pulso sereno, Rogers Tovne se acercó al demente, tapándole la boca y la nariz con la improvisada mascarilla. Frank Leston le miró con expresión de indescriptible furia, pero dominado por el poderoso anestésico perdió el conocimiento.

—Ayúdeme a romper esta tela.

Tovne extrajo de su bolsillo de pecho una navaja de afeitar, abriéndola. El enfermero del Pennsylvania Insane Asylum se inclinó hacia el inconsciente Leston, y entonces sucedió lo inesperado. El acero trazó un arco rapidísimo seccionando la yugular de Denis Bolt. La sangre salpicó las manos de Rogers, enfundadas en finos guantes de goma.

—Buen golpe —comentó fríamente Smith.

—Sí, jefe. Soy un especialista.

Rasgó la camisa de fuerza por la parte delantera. Interesaba hacer creer a las autoridades que el perturbado guardaba consigo la navaja.

—Afloja las correas. Creerán que no las ajustaron convenientemente.

Tovne obedeció. Luego de hacer empuñar el arma al inconsciente Frank Leston, para que se grabaran en su mango las huellas dactilares, la dejó junto al cadáver de Denis y, echándose sobre los hombros al demente, salió al jardín. Smith, también provisto de guantes, se había apoderado de las llaves.

Cruzaron el parque, en el que, en las horas de sol, paseaban los enfermos, y, abriendo la puerta de servicio, alcanzaron Market Street.

Un «Cadillac» se les aproximó.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó el chófer.

—Sí, Williamson.

El automóvil, diestramente conducido por otro de los hombres de confianza de Smith, enfiló Spring Garden y, luego de atravesar el río

Schuyllkill, a la altura de los depósitos de agua de la ciudad, llegó a la avenida Fairmount.

En el interior del vehículo reinaba el silencio. Tovne dijo:

—Mañana se conocerá el primer crimen de Frank Leston. Fue una gran idea la suya, jefe.

—Sí.

La respuesta no denotaba entusiasmo.

—¿No está contento?... Tengo la certeza de que no hemos dejado el menor rastro. La navaja se la compré a un marinero austríaco que partió anoche para Alemania con un cargamento de maquinaria agrícola.

John Smith le miró, sin poder contener una sonrisa. Rogers Tovne le profesaba una admiración sin límites, honrándose en ser su amigo predilecto. Se creyó en el deber de ser amable con su cómplice.

—Te portaste maravillosamente. Pienso en que tal vez sea difícil manejar a ese hombre.

—Los chicos se ocuparán de él.

—Habrá que tenerle siempre muy vigilado.

—Confíe en mí y en Williamson.

—Ya lo hago. Si no fuera por vosotros no hubiese iniciado esta aventura.

El rostro de Rogers se ensanchó de satisfacción. John le ofreció un cigarrillo.

—¿Quieres?

—Gracias, jefe. Da gusto trabajar para usted. Sabe distinguir.

Se apresuró a ofrecer lumbre a Smith. En ese momento, el «Cadillac» pasaba frente al Hospital de San José, internándose por la calle 17, en la que se halla situado el Teatro de la Opera. Montgomery Avenue se detuvo frente a un hotel de dos pisos, rodeado por una verja de hierro.

El conductor oprimió repetidas veces el claxon, y las grandes puertas enrejadas se abrieron. Williamson entró con el coche, frenando en la entrada de la casa, en cuya puerta había tres hombres provistos de metralletas. Rogers fue el primero en abandonar el automóvil.

—Sin novedad, muchachos. Podéis iros.

Los *gángsters* obedecieron al lugarteniente de Smith, que, cargado con Frank Leston, subió a una de las alcobas del piso primero.

—Tardará varias horas en recobrar el sentido, Tovne. Aún he de hacer una visita. Vete a descansar. Te llamaré si te necesito.

—Como mande, jefe. ¿De veras no quiere que le acompañe?

—No hay peligro. Es algo muy particular.

Salió sin más complicaciones, seguro de que sus órdenes serían cumplidas.

En el «Cadillac» recorrió las principales calles de Filadelfia, a la que se ha dado el nombre de Ciudad de las Viviendas, por sus edificios de

ladrillos encarnados con remates de mármol, lo que contribuyen a dar a algunos barrios un aspecto verdaderamente grato.

Redujo la marcha en la calle Primera, deteniéndose en el número 32. Vaciló antes de apearse del vehículo. Eran las cuatro y cuarto de la madrugada. ¿Por qué no esperar a la mañana siguiente? No necesitaba utilizar todos los recursos, incluso el psicológico de la sorpresa.

El portal permanecía abierto. Los vecinos, propietarios de los apartamentos, costeaban un vigilante que paseaba por los pasillos del inmueble, en el que había instaladas dos oficinas de seguros.

—Hola, señor Smith. ¿Dónde va a estas horas?

John se detuvo en el arranque de la escalera, sonriendo. El sereno le conocía por frecuentar la amistad de la muchacha.

—Voy a proponer a Marguerite una excursión por la bahía Delaware. Somos un grupo de amigos y no quiero que falte ella. Si acepta, saldremos al amanecer.

Subió al tercer piso, despreciando los servicios del ascensor. Quería ordenar sus ideas.

Durante varios minutos permaneció indeciso ante una puerta. Al fin, pulsó repetidas veces el botón del timbre.

Esperó, sin impacientarse. Una voz femenina dijo:

—¿Quién llama?

John se supo observado por la mirilla. Repuso:

Soy yo, Maggy. He de hablar contigo de algo urgente. De no serlo, no te habría molestado.

Se oyó descorrer un cerrojo, y una muchacha de unos veinticinco años le franqueó la entrada. Su cara denotaba sorpresa.

—Ve al despacho. Ahora me reúno contigo.

El hombre obedeció, penetrando en una amplia habitación con las paredes cubiertas de estanterías repletas de libros. Al fondo, una mesa con una máquina de escribir portátil, un diccionario y el plano de una ciudad: Tokio. A la izquierda, un tresillo de cuero.

Smith se acomodó en una butaca. Su espera no fue larga. Marguerite Leston entraba en ese momento. John la contempló con admiración.

—Cada día estás más bonita.

No era un cumplido. La joven, alta, de fino talle y manos cuidadas, sonrió. Sus ojos pardos, en los que brillaba una luz que constituía su principal encanto, y sus labios proporcionados, ligeramente gruesos, formaban un bello conjunto. El pelo suelto le caía sobre los hombros acariciando su garganta.

—Supongo que no habrás venido a eso. Perdóname la sinceridad. Ya sabes que cuido mucho mi reputación.

El seco recibimiento de la muchacha no desconcertó a Smith. Su rostro enérgico y sus patillas canosas contribuían a darle un aspecto de madurez

que realizaba aún más su personalidad de hombre de mundo.

Con gesto estudiado sacó su pitillera repleta de «Abdullahs».

—¿Quieres?

—No, gracias. Fumo poco. ¿Qué deseas?

—Hablar contigo de algo que nos interesa a los dos. Siento haberte molestado. Creí que éramos amigos.

—Lo somos hasta cierto límite.

Hubo una leve pausa que John empleó en encender un cigarrillo. Empezó:

—Verás. No me interrumpas, por extraordinario que te parezca lo que voy a decirte. Estoy enamorado de ti. ¿No te sorprendes?

—No. Lo sabía. Continúa.

—Nunca quise decirte nada. Preferí que pasaran los meses. Debido a mi amistad con tu padre tuve oportunidad de hacerte algunos favores. No quería que supieras que me aprovechaba de las circunstancias. —Ella hizo intención de hablar, pero él no la dejó—. Anoche te he visto, casualmente, acompañada de un hombre y he pensado que tal vez un exceso de delicadeza arruinara mi felicidad. Vengo a pedirte que nos casemos. ¿Qué respondes?

Marguerite Leston eludió una réplica directa.

—¿Por qué no esperaste a mañana?

John Smith mintió:

—He sacado dos pasajes para el avión de Florida. Los celos no me dejaban vivir. Perdóname. ¡Me horroriza la idea de perderte!

Se hizo un largo silencio. Ella repuso:

—Márchate, John. Te lo ruego. Hablaremos de ello en otra ocasión.

—No, Maggy. Te amo. ¿Estás prometida?

—No. ¿Te basta?

La muchacha se levantó dando por terminada la entrevista. Smith, imperturbable, continuó sentado.

—No cursé, como tú, la carrera de Filosofía y Letras, ni llevo un apellido ilustre. No obstante, sé que en el amor todo se improvisa. El femenino «dame tiempo a pensarlo» es ridículo. Se quiere o no se quiere... ¡porque sí! Sin otro motivo. Sé buena.

La voz de la joven se alteró al replicar:

—¿Te parece que no lo soy? Es estúpido y absurdo elegir una hora semejante. ¡Vete!

Él no se movió.

—¿Sí o no?

Marguerite Leston, que conocía el carácter obstinado de su amigo, se dio cuenta de que la única forma de terminar con la desagradable escena era responder con sinceridad. Meditando mucho cada una de sus palabras y mientras jugaba con un pisapapeles de metal, empezó:

—Mi gratitud hacia ti es grande, John. Te estimo como a un amigo; pero... ¡nada más! No puedo mentirte. Sería un mal pago a tu generosidad. Muchas mujeres ambicionarían oír de tus labios una proposición así. Yo, no. ¿Razones? Tú lo has dicho. En el amor no existen. Por otra parte, tu conducta no es limpia. Se cuentan terribles historias de las que siempre te burlaste. El cabaret es un sucio negocio. Me consta que fomentas el juego, la prostitución y las drogas. Papá, que te estimaba de veras, afirmó que terminarías en la silla eléctrica. ¿Por qué te lanzaste a ese camino?

—Era y es el que me corresponde. Mi padre maldito si se preocupaba de mí. Murió de un ataque de alcoholismo. A mi madre no la conocí. Me labré a pulso el porvenir y no pude ser escrupuloso. Tan vulgar fue mi nacimiento como mi nombre. ¡John Smith! Hay millones en los Estados Unidos. Hoy se te respeta o se me teme. De ti depende mi regeneración.

El semblante de John se ensombreció.

—Es imposible. Lo siento.

—¿No variarás de criterio, Maggy?

—No. Voy pagándote poco a poco el dinero que me adelantaste. Para mí no existen otras posiciones sociales que las de la inteligencia o la moral. Tú perteneces a otro mundo. No cambiarás. Llevas tu destino en la sangre. No debe sorprenderte. Me he negado siempre a frecuentar tu cabaret. No soy ñoña ni anticuada. Sin embargo, me horroriza la idea de que un hijo, mezcla de nuestras dos sangres, pueda salir... con tu carácter... con tus ideas...

Medía sus frases.

—No te ofendas, John. Somos distintos... Ni mejores ni peores... Cada uno con su criterio... sus principios. ¿Me comprendes?

—Demasiado —repuso roncamente Smith—. Haz un esfuerzo por olvidar lo que hayan podido decirte.

—No insistas. ¡Me duele tanto hablarte así! Continuemos siendo amigos. Además...

—¿Qué?

—Estoy enamorada.

John se incorporó. Anduvo hasta la mesa de trabajo, cogiendo un diccionario entre sus manos. Sus dedos se crisparon tanto en torno al volumen que los nudillos quedaron blancos, sin sangre.

—Supongo que será un favorecido de la fortuna —murmuró—. Alguien digno de ti.

—Vive de su trabajo.

Él la miró con fiereza.

—¿Quién es? ¿El de anoche?

—Sí. ¡Cálmate! ¡Me das miedo!

La ira de Smith se desató:

—¡Haces bien en tenerlo! Obtuve siempre lo que quise. ¡Tú serás mía o

de nadie!

—¡John!

—Siempre tengo una baza para lanzarla sobre el tapete en el momento oportuno. Contigo no me descuidé. Conocía tu estúpido criterio sobre lo bueno y lo malo. Soy jugador de ventaja. Te veré arrastrándote a mis pies.

—¡Márchate!

—¡No quiero! ¡Has de oírme aún. Hundiré en el fango el apellido de que te honras. Será maldito. Vendrás a mí no para ser mi esposa, sino para lo que me apetezca.

Marguerite Leston se dirigió al teléfono, descolgando el auricular. Una mano de hierro oprimió su muñeca.

¡No me obligues a golpearte! —Bruscamente cambió su voz de altanera en humilde. John era un buen actor—. Perdóname. Soy hombre de reacciones primitivas.

—¡Vete o llamaré a la policía!

Reflejaba tanto desprecio el rostro de la muchacha, que Smith comprendió que nada obtendría con actitudes conciliatorias.

—Bien. Tú lo has querido. Aunque nada podrás probarme, no olvides que de todas tus desgracias futuras seré yo el causante. ¡Es horrible lo que te espera! Adiós.

Salió, dejando a Marguerite Leston sumida en el confusionismo. ¿Qué planeaba aquel monstruo? Oyó un portazo y, abatida su entereza, se sentó en el diván, rompiendo a llorar amargamente.

CAPÍTULO II

Robin Ravelle descansaba del duro trabajo a que le forzaban sus múltiples negocios leyendo en su biblioteca un libro, «The Harvest of the Year», en el que sus autores, Luther Burbank y Wilbur Hall, con cuidado estilo, hablaban de sus experiencias agrícolas, comerciales y filantrópicas. Un criado, desde la puerta, le interrumpió:

—Señor...

—¿Qué hay, Ralph? Ya sabes que no me gusta ser molestado a estas horas.

—Perdone. Un caballero insiste en verle. Dice que es amigo suyo, aunque se niega a dar su nombre.

—No recibo a nadie. Y menos con ese misterio. Será un sablista o un impertinente.

Una voz grave, desde la puerta, le contestó:

—Ni lo uno ni lo otro, Robin. ¿No me reconoces?

—¡Frank!

—El mismo. Quiero hablar contigo. ¿Es imposible?

—De ningún modo. Retírate, Ralph.

Salió el sirviente. El dueño de la casa observó a su visitante. No estaba inquieto. Conocía de antiguo a Leston y, pese a las noticias publicadas por los periódicos sobre su huida del hospital de dementes y el asesinato de un enfermero, la estimación que siempre le profesó y el afán de contribuir a su captura le hicieron sonreír.

—Siéntate, Frank. Celebro verte. ¿Un cigarrillo?

Mientras Leston encendía, Robin Ravelle observaba a su interlocutor. Aparentemente, nada en él denunciaba locura. Si acaso sus ojos, que brillaban permaneciendo fijos en donde se posaban, en una mirada fría, estremecedora. Leston era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo cano y las manos largas y delgadas.

—¿De veras te alegras de mi visita, Robin? ¿No has leído la Prensa?

—Sí; pero no importa. Tú no eres capaz de eso.

—Por mí hija soy capaz de todo.

Hubo una larga pausa. El financiero se movió inquieto en el butacón. Las pupilas de Leston, inmóviles, comenzaban a adquirir una vida anormal.

Procurando no dejarse dominar por el pánico, habló:

—Me costó trabajo reconocerte. Te has afeitado la perilla. ¿Quieres un *whisky*?

Sin esperar la respuesta, Ravelle se levantó dirigiéndose a un mueble-bar del fondo, que abrió, dejando al descubierto un juego de copas talladas, sujetas por abrazaderas metálicas, y un surtido de botellas. Procurando no delatar su nerviosismo, sirvió licor, ofreciendo un vaso a Leston.

—Bebe.

Frank no alargó la mano. Sus ojos se clavaron en los de Robin con hipotética expresión. Ravelle palideció. Conocía el diagnóstico de los médicos: locura homicida. ¿Iba a darle un ataque?

Mientras se sentaba, dejando las copas en la mesa de centro, recordó la trágica historia de su amigo. Escritor de temas eruditos, comenzó, inesperadamente, a publicar novelas policíacas que obtuvieron un gran éxito. Los protagonistas eran seres sádicos, que se complacían con la muerte y la tortura. Fue el primer síntoma clínico. Comenzó a sufrir crisis depresivas. Un día intentó estrangular a su hija. La muchacha gritó, horrorizada, y la presencia de los criados evitó el horrendo crimen. Marguerite se opuso a que le separaran del único ser que, muerta su madre, le quedaba en el mundo. Fue preciso que el ataque se repitiera para que comprendiese que la libertad del que amaba constituía un serio peligro. Le ingresó en un sanatorio particular confiando en el dinero de la cuenta corriente y en los derechos de traducción y nuevas ediciones de las novelas. Más tarde se enteró de una horrible verdad: Frank Leston estaba arruinado. Lo perdió todo en una partida de póker. El sanatorio era caro y, por consejo de Ravelle, le ingresaron en el Pennsylvania Insane Asylum.

Bebió un sorbo de *whisky*. No se atrevía a mirar a Frank, temeroso de descubrir en él síntomas de locura. Procuró dar a su voz un tono cariñoso:

—Cuéntame cosas de tu vida. ¿En qué inviertes el tiempo? ¿Progresas tu curación?

El silencio fue la respuesta, un silencio tenso, dramático. Sugestionado, Robin clavó sus pupilas en las de Leston. Le faltó poco para gritar. El semblante del escritor estaba deformado por una mueca sádica y sus ojos reflejaban sentimientos brutales. Fue a levantarse, pero el terror le impidió moverse. Jadeó, incapaz de ocultar el pánico.

—¿Qué quieres?

Le alivió oír la respuesta de Frank:

—Defender a Maggy.

—Es muy estimable. Yo la quiero mucho. ¡No me mires así!... ¡Vete!

Leston se incorporó. La saliva le caía por el labio inferior. Los puños crispados eran reveladores de un ataque. Miró en torno suyo y su boca se contrajo en una sonrisa cruel. Ravelle notaba su cuerpo empapado en

sudor. Se rehízo, en un formidable esfuerzo. Frank se le acercó. ¡Si pudiera coger el revólver que guardaba en la mesa de despacho!

—Tengo un retrato de tu hija que no has visto. ¡Déjame que te lo enseñe!

Esperaba ganar tiempo. A lo largo de la conversación pudo observar que Leston estaba obsesionado por el recuerdo de Maggy. El loco murmuró, con voz ronca:

—¡Ella!... ¡Ella!... Todos queréis su mal.

Robín aprovechó la distracción de Frank y se puso en pie. El perturbado le cogió con la mano izquierda por un hombro y hundió la derecha en el bolsillo de la americana, sacando un cuchillo.

—¡Aparta!... ¡Suéltame! —gritó Ravelle.

—¡No le harás daño! Tiene a su padre para defenderla.

Gozándose del pavor del financiero, alzó el arma blanca descargando una puñalada en la garganta de Robín. El herido retrocedió, tambaleándose, para caer después sobre la alfombra. Frank soltó el cuchillo. La puerta se había abierto. El criado, desde el umbral, contemplaba la escena con horror.

No tuvo tiempo de reaccionar. Leston aferró el cuello del sirviente entre sus dedos.

—¿Y los demás? —preguntó.

—La esposa y la hija del señor fueron a la Opera. ¡No apriete tanto! ¡Soco...!

El grito quedó estrangulado en su garganta. Frank, al sentir que el hombre no era más que un cadáver, se apartó de él y salió a la calle Chestnut.

Anduvo unos pasos, como un autómatas, hasta que le cogieron por el brazo. Era Tovne.

—Ven conmigo, viejo. Aún no hemos terminado.

El loco se dejó llevar por el que, horas antes, afirmara ser su amigo. Rogers le condujo a un «Cadillac», en cuyo interior tres individuos les miraban con respeto.

—Arranca, Williamson. ¿Mataste al que robó a tu hija, Frank?

—Sí.

—¿Te vio alguien? ¡Contesta! Si no obedeces, no te diremos los nombres de los que quieren arruinarla.

El perturbado miró a Tovne de tal modo que el *gángster* echó atrás la cabeza, impresionado.

—¿Quién es el otro? ¡Quién!

—Cálmate. Te llevaremos a su casa. Es un periodista. Te trató muy mal en otro tiempo. Es crítico de libros. Se llama...

El recuerdo volvió a Leston.

—¡Philip Sloan! ¡También él!

—Sí, viejo. Si no fuera por nosotros, tu hija quedaría en la miseria. Tú la defenderás.

En el enfermo cerebro de Frank, las ideas se fijaban constituyendo una tortura. En el hotel de Montgomery Avenue, John Smith le imbuyó la idea de que un grupo de hombres planeaba la ruina de Marguerite. «Te hemos ayudado a huir para que la salves». Esta frase, repetida una y otra vez por el dueño del cabaret de Broad Street, quedó escrita en sangre en la memoria del homicida.

—Fuma. Te serenará. Necesitas estar tranquilo. Vive solo, en el piso segundo. No te será difícil matarle. Toma otro cuchillo. Afloja la marcha, Williamson. Es en el número setenta y dos.

El automóvil se detuvo en Lombart Street. Antes de que Frank saliera, Rogers insistió:

—Es el peor de todos. ¡Quiere hacerla su amante!

Con agilidad impropia de sus años, Leston cruzó la acera, penetrando en una casa. Viéndole tan excitado, Tovne avisó:

—Prepara el cloroformo, Olds. Vamos al descansillo de la escalera.

Los dos hombres se decidieron a actuar. El *gángster* comentó:

—No me gusta este asunto, Rogers. Puede volverse contra nosotros.

—No lo hará. Nos cree sus amigos. Siempre nos queda el recurso de llenarle el cuerpo de plomo. Salgamos a la calle. Le oiremos bajar. No envidio a Philip Sloan. Es de suicidas meterse con el jefe. Ese «tipo» publicó un artículo denunciando las secretas actividades del cabaret y prometió a sus lectores seguir la campaña.

—¿Y Ravelle?

—Le negó un crédito o algo por el estilo. No es cosa que nos importe. El jefe paga bien. ¿Qué ocurrirá arriba? ¿Tardará tanto como con Robin?

—No lo creo. Está en pleno ataque.

No se equivocaba Olds en su afirmación. Frank llamó con los nudillos en una puerta. Un hombre de unos treinta años salió a abrir. Al ver a su visitante, exclamó:

—¡Leston! —pensó entretenerle para avisar a la policía. Philip Sloan estaba convencido de que Frank en libertad resultaba un peligro—. Pase. Esperaba su visita.

Mentía para confiarle. Ignoraba que con sus palabras acababa de anticipar su muerte.

El demente entró hasta un gabinete, donde se volvió. Las aletas de la nariz le temblaban.

—¿No tiene miedo? —preguntó al periodista.

—No. Aunque le vapuleé en sus últimas obras, personalmente le tengo estimación. ¿Qué hace?

Leston había sacado el cuchillo. Sloan retrocedió. No pensaba huir. Era necesario capturar al loco homicida. ¿Cómo sorprenderle?

—Escuche, Frank. Le están encañonando desde la puerta. ¡No avance o morirá!

La angustia de su advertencia no fue simulada. El joven comprendía que solo un milagro era capaz de salvarle.

Aunque no ignoraba los trucos de la lucha libre, la idea de enfrentarse a un loco le hizo estremecerse. Leston se volvió, distrayéndose, y Philip se abalanzó a él golpeándole con la cabeza en el vientre. Su enemigo cayó sin soltar el puñal. Los puños de Sloan machacaron el rostro de Frank, deseando reducirle a la impotencia. El perturbado, de una patada, le despidió lejos, poniéndose en pie.

Seguro de que el combate a distancia sería mortal para él, Philip quiso provocar un nuevo cuerpo a cuerpo. No pudo conseguirlo.

Leston, en un movimiento inesperado, alargando el brazo, clavó el acero hasta la empuñadura en el pecho del periodista, quien se desplomó, herido de muerte.

Frank rechinaba los dientes, en un terrible ataque de demencia... Una palabra, repetida insistentemente por John Smith y los miembros de su *gang*, se agigantó en su cerebro: «¡Huir!... ¡Huir!...».

Bajó de dos en dos los escalones. Tovne le detuvo, sujetándole el brazo. Leston, con furia, quiso desasirse, pero algo le golpeó en la cabeza, haciéndole perder el sentido.

Olds, enfundando la automática, con la que había reducido a Frank, preguntó a Rogers:

—¿Qué hacemos ahora?

—¡Estúpido! Tal vez le hayas matado.

—Perdí el control de los nervios al verle así. ¿Le sacamos?

—Sal a la calle y avísame con el claxon cuando no pase nadie.

El *gángster* se apresuró a cumplir lo indicado. Lombard Street estaba desierta. A aquellas horas los habitantes de Filadelfia se hallaban en sus casas o en los centros de diversión. Hizo la señal, y Rogers, con Leston en sus brazos, llegó al «Cadillac».

—Todo bien, Williamson. Me urge verme en Montgomery Avenue.

El automóvil enfiló por la calle Diez al cuartel general de John Smith. Apenas traspusieron la verja del jardín, Tovne dio órdenes concretas:

—Atadle y quedad uno de guardia a la puerta de la habitación. No podemos descuidarnos. Voy a reunirme con el jefe.

Encendió las luces interiores del coche, buscando posibles manchas de sangre. No las había. El culatazo no produjo herida en el cráneo de Leston. Se miró las manos y la camisa y, satisfecho del examen, montó en el vehículo, dirigiéndose al cabaret, situado en Broad Street, la principal arteria de Filadelfia, de más de veinte kilómetros de longitud.

Al entrar en el establecimiento de recreo no pudo contener una sonrisa

de satisfacción. El negocio prosperaba. John Smith, generoso para con los suyos, daba el veinticinco por ciento de los beneficios a los del *gang*, haciéndoles socios para que actuaran no como asalariados sino en defensa de los propios intereses. El salón central era amplio, con un escenario al fondo por el que desfilaban las figuras más populares de los Estados Unidos. John no reparaba en gastos. Su principal fuente de ingresos eran el juego y las drogas.

En la pista de baile, numerosas parejas danzaban a los acordes de un rápido ritmo. Las arañas de bronce y los apliques de las paredes iluminaban profusamente el local.

Anduvo por entre las mesas y se acercó a una del fondo, a la izquierda de una cortina que ocultaba el paso a las dependencias interiores.

John Smith le vio venir y cesó en su diálogo con una joven de aspecto felino. Un traje azul, con lentejuelas doradas, se ceñía a su cuerpo escultural.

—¿Qué hay, Rogers?

—Perdone que le interrumpa —replicó el aludido con respeto. Anuncian por teléfono una nueva partida de whisky. ¿De qué forma efectuamos el pago?

Era la contraseña prevista para comunicar que todo se efectuó satisfactoriamente.

—Como siempre, Tovne. Bebe una copa con nosotros. Te presento a Verónica Bolt.

—¿Bolt? —repitió en voz alta Rogers, mientras se sentaba—. ¿Dónde oí ese apellido?

—Seguramente lo leíste en la Prensa. Es hija del enfermero del Pennsylvania Insane Asylun, asesinado por ese loco homicida.

—¡Pobre hombre! —se condolió Tovne—. Todavía no le han cogido. Las ediciones de la noche claman contra las autoridades.

Smith llenó las tres copas. Dijo a Verónica:

—Es mi mejor amigo, el único en el que confío de veras.

Necesitaba a Rogers y no ignoraba la manera de halagar su vanidad. Antes de lanzarse fuera de la Ley estudió la vida de los magnates del crimen, comprobando que incurrían en el error de mantener el dominio por la fuerza, olvidándose de que en todos los seres, por encanallados que estén, hay una faceta, una debilidad, por la que es fácil esclavizarles. A él jamás le traicionarían sus hombres.

Ofreció un cigarrillo a Tovne, haciéndole una seña para que se marchase. El aludido, con un pretexto, se alejó para penetrar en la sala de juego. ¡Había que vigilar los propios intereses!

—Toma otra copa, Verónica. ¿Te he dicho que eres encantadora?

Ella sonrió.

—Varias veces. ¿Cómo se acordó de mí? ¿Qué empleo va a ofrecerme?

—Tutéame. Quisiera que fuésemos amigos. Me impresionó la noticia que publicaron los periódicos. Aludían a vuestra situación familiar. La pensión que os queda es reducida. Vi tu fotografía y me gustaste. Puedo ofrecerte dos trabajos. El primero en la oficina. Cien a la semana. El otro tiene un sueldo de mil dólares al mes.

—¿Qué hay que hacer para ganar ese dinero?

La mirada de la muchacha se iluminó de codicia.

—Obedecer mis órdenes. Una mujer bonita de banquera en una partida de póker atrae a incautos jugadores. Vestirás lujosamente y tus amigas te envidiarán. Por cierto, creí que el sueldo de tu padre era reducido.

—No se equivocó. ¿Por qué lo dice?

—Ese traje es de precio y los zapatos son caros. ¿Había otros ingresos en tu casa?

Verónica vaciló:

—No... Papá hizo un negocio... No quiso decirnos en qué consistía.

—¿Informaste a la Metropolitana?

—No.

—No lo hagas entonces. Empezarían a averiguar el origen de ese dinero y... —Al propio intento dejó incompleta la frase—. Debes velar por tu apellido.

La joven observó inquieta al que le hablaba.

—¿Supone que pudo haber hecho algo malo?

—¡Quién sabe! De todas formas eres libre de seguir o no mi consejo. ¿Bailamos? Aún no me has dicho qué empleo aceptas.

—El de mil dólares. Me gusta brillar. Soy tan bonita como la primera. Me agradaría volver a casa. Mamá estará inquieta. Le dije que regresaría pronto.

—¿Vas a darle detalles de tu trabajo?

—No. Me prohibiría aceptar. Piensan que se debe vivir en la esfera social en la que se nace. Mi padre era lo mismo. Tantas veces me recriminaba mi conducta que me parece no haber sentido su muerte como debiera. ¿Cuándo empiezo?

—Mañana. El trabajo te distraerá. Eres encantadora, Verónica. Cómprate dos vestidos lujosos. No te importe el precio. Yo pagaré, la factura. Para que en tu casa no se escandalicen elígelos negros. Es el color de la suprema elegancia. Di que son de un saldo, de la temporada anterior.

Ella vaciló.

—No sé si debo aceptar.

—Forma parte de tu sueldo. Vamos. Te acompañaré. Eres muy bonita para que te deje sola.

Verónica sonrió, halagada en su vanidad de mujer. John la cogió del brazo y atravesaron el salón, llegando al amplio vestíbulo. Rogers Tovne le abordó.

—Perdone, jefe. Tengo un recado urgente.

Los ojos del *gángster* reflejaban inquietud. Smith se disculpó con la muchacha.

—Perdóname. Portero, busque un taxi a la señorita. Toma, para los primeros gastos. Mañana te espero a las ocho. Adiós.

Puso en las manos de la mujer cien dólares y sin dar tiempo a Verónica a expresar su gratitud entró por una puerta situada a la izquierda del guardarropa.

—¿Qué pasa, Tovne?

—Me ha telefoneado Williamson. El loco ha despertado y es víctima de un feroz ataque. Temen que rompa las ligaduras. Las cuerdas le están destrozando las muñecas. Nos piden consejo. ¿Qué hacer?

—Tengo el remedio. Ignoro si esos brutos saben aplicarlo. Vamos.

En el trayecto, Rogers informó a su jefe del resultado de los asesinatos de aquella noche. John le escuchaba en silencio. Una vez que Tovne hubo terminado, aprobó:

—Bien. Así aprenderán todos a respetarme. ¿Estás seguro de que no os vio nadie?

—Completamente. Los cuchillos, con las huellas dactilares de Leston, quedaron junto a las víctimas. Nadie vacilará en culparle. ¿Me permite una opinión, jefe?

—Sí.

—Frank es difícil de manejar. Convendría acelerar sus planes. Temo que se nos escape o tengamos que matarle.

—¡Eso no puede suceder y no sucederá!

La afirmación era una amenaza. Los dos hombres callaron. El «Cadillac» corría veloz por la calle Diecisiete, próximo a Montgomery Avenue.

Ya en el interior del hotel escucharon las explicaciones de Williamson:

—Hemos tenido que amordazarle para que sus gritos no nos delatasen.

—Bien hecho.

Con paso rápido, Smith llegó a su cuarto, y de su mesilla extrajo un estuche de practicante.

—Preveía tales complicaciones. La insulina bastará.

Entró en la habitación del perturbado y, ordenando a sus hombres que le mantuviesen inmóvil, rasgó con una navaja la camisa de Leston, clavando la aguja en su brazo desnudo al tiempo que prodigaba frases amables al enfermo.

—Cálmate. No queremos hacerte mal.

Los ojos del loco giraban en sus órbitas y su rostro acusaba una excitación sin límites.

—¿Sabe alguno inyectar?

—Yo, jefe —se adelantó Williamson.

—Siempre que le repita el ataque ponedle de esto —mostró un

frasquito cilíndrico, con el tapón de goma—. Llena la jeringa de líquido hasta la señal encarnada. ¿Entendido?

—Sí.

Fumaron, contemplando al demente. Los efectos de la insulina no se hicieron esperar. Los espasmos fueron haciéndose más suaves. Smith no ignoraba que tal método era empleado por los alienistas para iniciar los tratamientos. El paciente se volvía dócil. John habló al oído de Frank para que sus palabras se le grabasen en el subconsciente.

—Defendemos a tu hija... —repitió varias veces el concepto—. Has de matar a sus enemigos, a los que te obligaron a ingresar en el hospital. Debes obedecernos.

Continuó durante más de una hora, girando sus palabras en torno a las mismas ideas. Leston respondía con monosílabos. Los *gángsters* contemplaban a su jefe admirados. John se volvió.

—Me voy. Si algo grave ocurriera llamadme por teléfono. Esperad mis órdenes. Os dejo el coche.

En un taxi se trasladó a su piso de soltero de Market Street.

Mientras se acostaba se dijo que Maggy Leston no tardaría en pedirle clemencia...

CAPÍTULO III

Arthur Frost, con semblante preocupado, abandonó el despacho del comisario de la Policía Metropolitana. Su rostro, de facciones agradables, se mostraba hosco. Un hombre, de reducida estatura y anchas espaldas, se le acercó:

—¿Hubo reprimenda?

—No, Harry. Me han encargado del caso Leston. Ya sabes que me afecta personalmente. ¿Quieres ayudarme?

—Encantado, Arthur. Me gusta trabajar contigo, aunque cuando vamos juntos la gente se vuelve a mirarnos. Parecemos la «i» y el punto.

En efecto. La contextura física de los dos miembros de la Metropolitana era totalmente dispar. Arthur Frost, alto y delgado, contrastaba con Harry Sands, pequeño y de amplio tórax.

—No debe importarnos. ¿Vienes? Habrás de esperarme en cualquier *drug*. Mi conversación con Marguerite Leston será confidencial. No debo presentarme a ella imbuido de autoridad. ¡Pobre muchacha! Espero que aún no haya leído los periódicos. ¡Será un golpe espantoso! Hay que capturar a ese loco antes de que siga cometiendo atropellos.

—No será difícil. No es dueño de sus actos. La Prensa y la radio harán imposible que se oculte.

—No sé...

El comentario, carente de sentido, de Arthur, hizo comprender a Harry que su camarada tenía alguna sospecha. Como de costumbre, no le preguntó. Era mejor que la madurase. Conocía el carácter de Frost, recientemente ascendido a inspector.

—¿Vamos a pie? —inquirió.

—No. Traje mi coche. Hemos de prescindir de uniformes, sirenas y matrículas oficiales. Conduce tú. El comisario se empeña en que la muchacha ha de conocer el paradero de su padre. ¡Absurdo!

A moderada velocidad, Sands atravesó varias calles hasta llegar al domicilio de la hija de Frank Leston.

—Te aguardaré en el automóvil. Quiero poner en orden unas ideas.

—A tu gusto, Harry.

La preocupación de Arthur Frost aumentó al pulsar el timbre del cuarto de la mujer que amaba. Maggy salió a abrirle en bata de casa. Nada más verla, el inspector comprendió que ignoraba los sucesos que conmovían la ciudad.

—¡Hola, Maggy! ¿Descansaste bien?

—No. ¡Si vieras lo que celebro verte! Pensaba llamarte.

—Aquí me tienes. Siempre me anticipo a tus deseos. Tomaría con gusto un poco de café. No he desayunado aún. El jefe me entretuvo. Como verás me invito yo.

—Encantada. Espérame en el despacho de papá.

Se alejó la joven en dirección a la cocina, y Frost entró en el lugar indicado. Celebraba la oportunidad que se le ofrecía para registrar la mesa en busca de un dato demostrativo de que Frank hubiera estado allí. Necesitaba pruebas para, en su momento, demostrar la inocencia de Marguerite.

Se sobresaltó al ver en un cenicero una punta de cigarro. La cogió con su pañuelo, guardándosela en el bolsillo de pecho. Era de una prestigiosa marca. Pensativo, se acomodó en uno de los sillones, esperando el regreso de Maggy, que no tardó en entrar, portando una bandeja con fruta, mermelada, mantequilla, pan y café, que depositó en la mesita de centro.

—¿Me das un pitillo? —pidió él—. Acabé los míos.

—Están encima de la mesa. Antes debes desayunar.

—Lo haré mientras fumo. Es una vieja costumbre.

De la caja de tabaco cogió un cigarrillo. ¿De quién sería la punta del pitillo que había recogido? La respuesta la tuvo apenas empezaron a comer. Marguerite le refirió la tempestiva visita de John Smith, sus pretensiones y amenazas.

—Pasé el día de ayer llorando. Estoy acobardada.

—¿Le amas?

En la voz del hombre había un leve temblor, que no pasó inadvertido para la muchacha.

—No. Cuando estaba papá conmigo, John me daba lástima. Va a su perdición. ¿En qué piensas?

—Te lo diré cuando terminemos de desayunar. ¿No has leído el periódico?

—No. ¿Pasa algo?

—Sí.

Maggy, inquieta, miró a su amigo.

—No salí de casa. Te esperaba a última hora. ¿Qué te ocurrió?

—Lo de siempre. Una señora que intenta suicidarse y hay que ir a tomarle declaración. En resumen, un ataque de histerismo. Lo de ahora es más grave. Tu padre se ha evadido del Pennsylvania Insane Asylun matando a uno de los enfermeros.

El sobresalto de Marguerite no podía ser fingido. Arthur estaba seguro de la inocencia de la muchacha, pero se alegró de comprobarlo. Ella inclinó la cabeza, apesadumbrada.

—No es posible.

—Aún hay más. Debes saberlo todo. Robin Ravelle y su mayordomo han tenido anoche el mismo trágico fin. Su esposa e hija se salvaron porque estaban en la ópera. También asesinó a Philip Sloan, el crítico que tanto le irritaba con sus juicios adversos.

La joven rompió en un incontenible sollozo.

—¡Es horrible, Arthur!... ¡Horrible!

—Tú lo has dicho. Continúa en libertad. Son de temer nuevos crímenes. ¿Estás segura de que no vino al piso? No es que desconfíe de ti. Pudo haberlo hecho sin que te hubieses dado cuenta.

Marguerite le miró, con ojos llorosos.

—No he salido desde que Smith se fue, ni he visto a nadie. ¿Qué te ocurre? Te has puesto muy pálido.

—Sí, Maggy. Asocio la visita de John con estos acontecimientos. Amenazó con hacerte la más desgraciada de las mujeres. Es posible que todo sea obra suya. Tal vez le esconda en el cabaret o en su domicilio y se sirva de él.

El inspector de la Metropolitana acababa de ver claro. Frank Leston era un perturbado al que obsesionaba el cariño por su hija. De no habérselo impedido alguien, el loco habría ido a la casa donde vivió tantos años. Ella, comprendiendo las ideas que asaltaban a Arthur, negó:

—No puede ser.

—Escucha. Has de obedecerme. Corres peligro. Te alquilaré unas habitaciones en...

—No sigas —le interrumpió la muchacha con firmeza—. No me moveré. Si él viene podré calmarle entregándolo a las autoridades. Es un irresponsable.

—Lo sé, pero...

—Es inútil. Quedándome ayudaré a la Justicia.

—No insisto, Maggy. Prométeme una cosa.

—Di.

—No vayas sola a ningún sitio.

—Lo haré. Tenme al corriente de lo que suceda. ¡Por Dios, no te expongás!

Había sincera angustia en la voz de la muchacha. Arthur hubo de contenerse para no decirle lo que rebotaba en su corazón y, estrechándola entre sus brazos, pronunciar las frases de cariño y de consuelo que ella necesitaba. Se contuvo con un formidable esfuerzo. No podía perder el tiempo. Tal vez Frank Leston estuviese cometiendo nuevos crímenes.

—Volveré pronto a informarte. Lamento haber sido portador de tan

malas noticias. Me ocuparé de capturarlo para que no sufra ningún daño.

—Gracias, Arthur. Eres muy bueno.

El inspector salió del domicilio de la muchacha.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Harry—. Nunca te vi tan agitado.

—Vamos, a toda marcha, a la calle Cuarenta y Dos, al hospital de dementes. Quienes investigaron la fuga de Frank Leston, conformándose con la hipótesis de una huida, cometieron una imperdonable ligereza. Celebro que el comisario me encargara de este asunto...

CAPÍTULO IV

Los temores del inspector de la Metropolitana no eran infundados. En aquellos momentos, John Smith y sus hombres celebraban una reunión en Montgomery Avenue.

—La mercancía llega a las doce de la mañana. Es necesario proteger la descarga. En dos coches permaneceréis en la estación. Cuando los mozos bajen unos cajones señalados con números rojos será el momento de actuar. Esperaréis a que arranque el camión que irá a recibirlos y le daréis escolta. Tal vez no sea necesario intervenir. Las drogas vienen escondidas en los embalajes y objetos de una fábrica de antigüedades. Adelanté cincuenta mil dólares para concertar la operación. No me fío de los de la Oficina de Narcóticos. Tal vez el *gang* de Maloney pretenda jugarnos una mala pasada. Hay que evitarlo. El punto de destino es el de siempre. Usaréis, si es preciso, pistolas ametralladoras, llevando cubierto el rostro. Los dos grupos iréis a las órdenes de Rogers y de Williamson. Yo estaré allí también. ¿Alguna duda?

—Ninguna —replicó Tovne por todos—. ¿Qué hacemos con Frank?

—Nada hasta la noche. Es decir...

Jon permaneció pensativo unos minutos. Los *gángsters* le miraban, presintiendo una modificación de los planes.

—Sí... Es lo mejor... —comentó Smith en alta voz—. Olds tomará el mando de tu grupo, Rogers, y tú, con el loco, permanecerás a la expectativa. Escucha.

Durante media hora habló despacio, meditando cada una de las palabras. Al terminar, el rostro del *boss* expresaba satisfacción. Sus hombres se sintieron desasosegados por vez primera. Lo que el jefe pretendía era de una audacia increíble.

—No ocurrirá nada —les tranquilizó—. Me ocuparé de todos los detalles. Te toca la parte más difícil, Tovne, pero la cumplirás a la perfección.

—Eso espero.

Los miembros del *gang* de Smith salieron a cumplir lo ordenado por su jefe John, tras unas últimas recomendaciones a Tovne, se dirigió a Fitzwater Street, junto al Asilo Naval, poniéndose al habla con un

individuo que vendía frutos secos en un pequeño tenducho.

—¿Hay algún inconveniente? No he de figurar para nada. Cien dólares por el servicio.

—Descuide, señor Smith. No tendrá queja. Diré a mí esposa que se quede al frente de esto.

—¿Quieres un adelanto?

—Con usted no es preciso.

Satisfecho, John tomó un vehículo de alquiler, dando al chófer la dirección de Marguerite.

El camino de la venganza había sido iniciado con éxito e iba a poner en juego su inteligencia para que el premio fuese su matrimonio con Maggy. Estaba profundamente enamorado de la muchacha, tanto que la idea de que pudiera casarse con otro le enloquecía. ¿Quién era el hombre que la acompañaba?

Dio una espléndida propina al taxista y, con paso nervioso, subió los tres pisos que le separaban de la vivienda de la mujer. Llamó, con timbrazos cortos y repetidos. La joven abrió la puerta y al reconocerle hizo un gesto de sorpresa. Preguntó, sin invitarle a que entrara:

—¿A qué vienes?

—A pedirte perdón. Anteanoche no supe lo que decía. ¿No me dejas pasar?

—Entra, pero procura marcharte pronto.

En el semblante de Marguerite se adivinaba el sufrimiento. Una idea audaz le asaltó.

—Siéntate, John. No podemos pasar a la biblioteca porque... ¡Necesito que me ayudes!

Se hallaban en el comedor. Desconcertado, Smith repuso:

—¡Haré lo imposible por merecer de nuevo tu confianza!

—¡Esconde a mi padre! —pidió ella con semblante asustado—. ¡Acabarán matándole!

—No te entiendo, Maggy. ¿Sabes dónde está?

—En el despacho. Vino minutos antes que tú.

John se incorporó.

—¡Imbéciles! —barbotó—. Le han dejado huir.

Miró a Marguerite, que retrocedía horrorizada, cubriéndose el rostro con las manos. Comprendió la trampa y quiso rectificar.

—Me refería a los del manicomio. Llamaré a la Metropolitana. ¿Qué te sucede?

—¡Has sido tú!... ¡Arthur tenía razón! ¿Cómo se puede ser tan canalla? Viniste a gozarte en mi dolor. ¡Eres un miserable!

Los insultos restallaron en el aire.

—¡Escúchame, Maggy!

—¡Calla! ¿Dónde le tenéis? ¿Dónde?

En un acceso de cólera se abalanzó contra Smith, cogiéndole por las solapas.

—¡Por caridad! ¿Qué has hecho de mi padre? —En los labios de John apareció una sonrisa—. ¡Has triunfado! ¡Ya me ves implorar, como prometiste! ¡Sí, lo hago por el ser que más quiero! ¡Me das asco! ¡Asco! ¿Lo has oído bien?...

Retrocedió unos pasos, fuera de sí, pálida como una muerta, y cayó al suelo privada del conocimiento.

Smith se inclinó sobre ella y, dispuesto a aclarar de una vez la situación, fue a la cocina, regresando con un vaso de agua y una botella de coñac. Refrescó las sienes de la muchacha, dándole a beber un sorbo de licor. ¿Cómo se dejó sorprender por una joven sin experiencia? Recordó una frase. «¡Arthur tenía razón!».

Marguerite tardó unos minutos en recobrarse. Ayudada por John, se sentó en una silla.

—¡Puedes disponer de mí, Maggy!

—Devuelve a mi padre al hospital. Solo así podré perdonarte. Si no lo haces no intentes verme más. ¡Márchate!

El tono enérgico de la muchacha impresionó a Smith. Comprendió que la insistencia agravaría más su situación y abandonó la casa. Era imposible volverse atrás. Tenía que seguir el camino emprendido.

En un automóvil de alquiler se trasladó a los muelles del ferrocarril de Filadelfia. Sus órdenes habían sido fielmente cumplidas. Junto a la salida principal de carruajes había un «Studebaker» y un «Chrisler», ocupados por sus hombres. Desde la inmediata cantina para uso de comerciantes y descargadores, Torgers Tovne le miraba.

Sin apearse del taxi preguntó a un ferroviario:

—¿Trae retraso el mercancías procedente de Nueva York?

—No. Llegará dentro de un cuarto de hora.

—Gracias.

Ofreció un cigarrillo al chófer, que aceptó agradecido.

—Tenga. Fume. Esperaremos.

Su cerebro evocó la dura escena sostenida con Marguerite Leston. Tanto se abstraía en sus no gratas ideas que los minutos transcurrieron veloces. El conductor le sacó de su ensimismamiento.

—Ahí llega el tren, señor.

Miró a través de la ventanilla. Perezosamente, el ferrocarril se detuvo frente a él. Descargadores y empleados se dispusieron al trabajo.

Desde su observatorio vio a Williamson, Olds y el resto de sus hombres pasar frente a uno de los vagones junto al que había un camión. Varios operarios manipulaban voluminosos cajones de no mucho peso. Los *gángsters* portaban amplias carteras de cuero. Smith sonrió. Allí se ocultaban las metralletas.

La mercancia que esperaba John era extraordinariamente frágil a juzgar por las advertencias que, en alta voz, daban a los mozos el conductor del vehículo de transportes y su ayudante.

Al fin, los cajones quedaron depositados en la camioneta, que arrancó despacio, sin incidencias. Detrás iban, de escolta, los dos automóviles con los hombres del *gang* de John Smith, el «Cadillac» conducido por Rogers, que llevaba como pasajero a Frank Leston y, por último, el dueño del cabaret, el cual, satisfecho de no haber tenido que emplear la violencia ordenó al chófer:

—A Montgomery Avenue. Le diré dónde ha de parar.

Se apartó de la caravana ignorando que momentos después el infierno se desataría en la calle Tercera.

Williamson, que mandaba el *gang* en ausencia de Smith y de Tovne, reparó que el camión tomaba una ruta opuesta a la convenida, y pisó a fondo el acelerador, pasando al vehículo por cuya seguridad velaban. Los nervios de los *gángsters* se pusieron tensos, y en el interior de los automóviles empuñaron las automáticas. Olds se vio obligado a frenar. El «Studebaker», conducido por Williamson y robado horas antes en Market Street, interceptaba el paso a la camioneta. El chófer asomó la cabeza, indignado:

—¡Apártese de ahí! ¡Interrumpe la circulación!

No pudo seguir. Del coche salieron varios individuos que empuñaban metralletas.

—¡Bajen! ¡Rápido!

Los que iban en la cabina del transporte obedecieron, asustados. Y entonces sucedió lo imprevisto. Unas lonas de la parte posterior del camión se alzaron, apareciendo varios sujetos provistos de ametralladoras «Thompson», que vomitaron su mortífera carga. Williamson y los que le acompañaban cayeron, segados por los proyectiles, sin tiempo para disparar sus armas.

Los numerosos transeúntes gritaron horrorizados, escondiéndose en los comercios y portales vecinos. En un minuto la calle quedó desierta, a merced de los sin ley. Olds, desde el «Chrisler», disparó con rabia, reprochándose haberse dejado sorprender de ese modo. Un enemigo cayó sin vida y los otros se dispusieron a afrontar el peligro. No pudieron hacerlo. Los *gángsters* echaron pie a tierra y las metralletas entonaron su trágico himno. Los miembros del *gang* de Jack Maloney se desplomaron bañados en sangre.

—¡Subid donde ellos! —mandó Olds a los suyos—. Iré al volante.

Ya en el transporte pisó el acelerador y, por la acera, bordeó el «Studebaker» que obstruía la calle. Tovne, que, trémulo de ira, lo había presenciado todo, sintió lejos, aullar las sirenas de la policía. Se volvió al perturbado, que le miraba con curiosidad:

—¡Haz lo que te mandé! Va la vida y el bienestar de tu hija. Te buscan.

Frank, dócilmente, abandonó el automóvil. En su mano derecha empuñaba una pistola. Un coche de la Patrulla Móvil se acercaba. Rogers, desde la ventanilla, ordenó:

—¡Dispara! ¡Defiéndete!

Leston hizo fuego contra los policías y, obediente a las instrucciones recibidas, y que Tovne le recordaba, entró de nuevo en el «Cadillac», que arrancó, seguido por el vehículo de la Metropolitana. La primera parte del plan se desarrollaba a la perfección, según los cálculos de Smith. Ahora interesaba llegar a Carpenter Street.

Rogers, pese a la muerte de Williamson y de sus compañeros, estaba satisfecho. El camión, libre de perseguidores, se hallaría próximo a su punto de destino. Él era el sebo que los representantes de la Ley intentarían capturar. Si le apresaban se limitaría a decir que fue amenazado por Frank Leston y que se congratulaba de haber contribuido a la captura del perturbado, un irresponsable cuyas declaraciones eran nulas a efectos judiciales.

Como un bólide cruzó Broad Street, enfilando Balnbrig, siempre perseguido por el coche de la Patrulla Móvil. Torció por la calle Once y, reduciendo la velocidad, tomó Carpenter Street, penetrando en un garaje donde le esperaba, dispuesto, por John Smith, un camión de mudanzas con una rampa desde el suelo al interior, por la que subió. Oyó cerrar tras él y le envolvió la oscuridad más absoluta.

Nadie había reparado en la maniobra. La calle Carpenter era una de las de mayor tráfico comercial.

Desde su escondite, Rogers Tovne sintió que el camión en el que se ocultaba se ponía en marcha. Era un viejo truco.

El lugarteniente de John oyó jadear a su lado y, preso de incertidumbre, dio la luz interior. Leston, con las mandíbulas fuertemente contraídas, le miraba. Se estremeció.

—Cálmate. No hay peligro. Podrás seguir defendiendo a tu hija.

Disimuladamente empapó una gasa en el líquido que contenía un frasco que llevaba en el bolsillo. El olor a cloroformo y quizá el recuerdo de la vez en que se lo aplicaron enfurecieron al loco, que extendió sus manos para estrangular a Tovne. Este apretó la gasa contra la boca y la nariz de Frank, cuya cabeza chocó contra uno de los cristales a prueba de balas. Incapaz de retroceder, respiró el anestésico y, con un grito espantoso, cayó exánime. Rogers se acarició la garganta. Por vez primera desde que inició su carrera de crímenes había sentido miedo.

Una hora más tarde, en Elm Avenue, en las proximidades del puente Girard, que cruza el río Schuykill, el «Cadillac» tomaba contacto con la carretera, bajo la vigilancia de un hombre, el mismo que hablara con John Smith en la tienda de frutos secos de Fitzwater Street. Tovne se creyó en el

deber de felicitarle:

—Buen trabajo, Bertrand. Le diré a John que aumente el precio.

—Gracias. Cumplí lo pactado, como siempre. ¿Qué le ocurre a tu compañero?

—Se ha dado un golpe con el cristal. Ayúdame a sacarlo. Quería tirarse en marcha y hube de darle cloroformo.

Le metieron en la parte trasera del coche, cerrando las cortinillas interiores. Rogers, ayudándose de un destornillador, cambió por otra la matrícula, arrancando en dirección a Montgomery Avenue. Evitaba las calles concurridas.

Atrás, el comerciante de frutos secos se acariciaba la barbilla con preocupación. ¿Dónde había visto antes la cara del desvanecido al que ayudó a transportar a la parte trasera del «Cadillac»? La verdad se fue abriendo paso en su cerebro. Sonrió. El momento de hacerse rico era llegado. Las pantallas de televisión y los periódicos reproducían constantemente el rostro de un hombre: Frank Leston.

John Smith, impaciente, esperaba. Al oír el claxon del «Cadillac» salió al jardín.

—¿Qué hay, Tovne? ¿Y Frank?

—Bien. Tuve que narcotizarle para que no me asesinara. El negocio se ha realizado, pero...

—¿Qué?

—Williamson y los de su grupo han quedado tendidos en la calle Tercera. ¿Me ayuda a meter a Leston? Le informaré mientras tanto.

Entre los dos sacaron el cuerpo del enfermo mental, trasladándolo a su alcoba donde quedó encerrado bajo llave. Rogers, encendiendo un cigarrillo, comenzó a hablar mientras se encaminaba al *living-room*.

—Al darse cuenta de que el transporte se desviaba del verdadero camino, Williamson intervino. Ese Maloney es endiabladamente listo. ¿Cómo pudo enterarse?

—El recibe el cargamento de la misma forma. Averiguaría un nuevo envío para la casa de antigüedades y dedujo la verdad. Habremos de darles un escarmiento. Ocúpate de ocultar la droga en el sótano. Por la noche debes liquidar a otro enemigo. Utiliza el loco. Que te acompañe Olds. Te esperaré, como siempre, en el cabaret.

CAPÍTULO V

Ante el comisario de la Metropolitana, el inspector Arthur Frost resumió sus investigaciones:

—El director del manicomio cree imposible la fuga de un enfermo en pleno ataque. Caso de haberse realizado, Frank Leston hubiera cometido atrocidades en plena calle, sin ocultarse. El doctor admite la primera hipótesis policial. Tal vez la camisa de fuerza no se ajustó convenientemente, aunque se extraña porque el fallecido Denis Bolt era un veterano. He examinado la navaja. Fue construida en Australia. ¿Cómo llegó el arma a su poder? He aquí la primera incógnita. Conoce mi entrevista con Marguerite Leston y su borrascosa escena con John Smith, al que tantos deseos tenemos de probar alguno de los delitos que, no nos cabe duda, comete. Mis sospechas se reforzaron con las declaraciones del director de Pennsylvania Insane Asylum. No me conformé y visité al redactor-jefe del periódico en el que trabajaba el infortunado Philip Sloan. A mi pregunta de si el periodista pensaba realizar un trabajo de importancia me respondió afirmativamente. Había publicado ya un artículo denunciando las actividades de los bajos fondos. Le leí. Era un ataque directo a John Smith. Quedaba el banquero. Entre su correspondencia particular de hace dos años encontré una carta del dueño del cabaret solicitando un crédito de cincuenta mil dólares para ampliación del negocio. Entonces, Smith tropezaba con dificultades financieras. En la petición había una nota, de puño y letra de Robin Ravelle, denegándolo. ¿Qué le parece, comisario?

—Su teoría es la única aceptable. Sin embargo, carecemos de pruebas. No podemos dictar una orden de arresto. Ha de esforzarse en demostrar jurídicamente lo que dice.

—Lo haré. Se lo prometo. ¿Tiene algo que decirme?

—Sí, inspector, que se cuide. Su vida es valiosa.

—Gracias. Vamos, Harry. Esta noche cenaremos por cuenta de la Metropolitana en el más famoso cabaret de la Broad. Utilizaremos sus mismos métodos. Te corresponde la parte más difícil. —Delante del comisario, que le miraba sonriendo, exclamó a su camarada—: Tienes tipo de *gángster*. Desde hoy te llamarás... —pensó un momento—. Tim Riley.

Procedes de Chicago.

—Habla claro, Arthur.

—Me explicaré...

Dos horas más tarde, el inspector Frost, en una de las mesas próximas a la pista del cabaret de John Smith, ordenó al camarero:

—Traiga una botella de champaña. No deje de avisarme cuando llegue el propietario.

—Descuide, señor.

El policía encendió un cigarrillo. Aquel negocio debía proporcionar cuantiosos beneficios. Vio pasar a una muchacha a unos metros de él y se levantó:

—¿Baila, señorita?

Ella le miró, enrojeciendo.

—¡Señor Frost!

—El mismo. La supuse más apenada por la muerte de su padre, Verónica. ¡Y pensar que hace unas horas me esforcé en consolarla! Vamos a la pista. No quiero que llamemos la atención.

Bailaron. La joven no se atrevía a cruzar su mirada con la de Arthur. Al fin insinuó:

—Necesitaba un empleo y...

—John se lo ofreció. ¿No es así?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Lo adiviné. ¿Cuál es su trabajo? ¿Aumentar las consumiciones de los que vienen sin compañía? ¿Entretenerlos? Supongo que su madre no estará enterada.

—Sí, lo sabe —mintió la muchacha—. Usted no es nadie para...

—Cálmese, Verónica. ¿Iba a las salas de juego? No sea niña. No pienso proceder contra el señor Smith. Nada tengo contra él. ¿Engañó a su madre?

Ella asintió con el gesto. Arthur, separándose levemente, sin soltarla, examinó el traje de noche que se amoldaba de forma perfecta al cuerpo de la mujer.

—Buen modelo —comentó—. ¿Quién lo paga? No es necesario que responda. Vuelva a casa. Yo le proporcionaré trabajo en cualquier oficina. Esta vida no se ha hecho para una chica decente. ¿Me hará caso?

Los aplausos, que premiaban la labor de la orquesta, hicieron reaccionar a la muchacha.

—No se mezcle en lo que no le importa.

Se alejó rápida, desapareciendo por la puerta que comunicaba con las dependencias interiores. Frost sonrió. Un nuevo cabo de la enredada madeja. En su mesa le aguardaba un hombre. El inspector reparó que en la mano derecha del individuo se crispaba en torno a una copa.

—¿Es usted el dueño del local?

—El mismo. John Smith. ¿Con quién hablo?

Le había reconocido. Era el que acompañaba a Marguerite Leston. La respuesta le sobresaltó:

—Soy el inspector Arthur Frost, de la Policía Metropolitana. Vine destinado desde Nueva York.

Se sentó, observando a su interlocutor. John, luego de una breve pausa, inquirió:

—¿Qué desea?

—Su colaboración. Busco al padre de Maggy y me consta que usted era amigo suyo. ¿Dónde le conoció?

—En el cabaret, hace dos años. Preparaba una novela y quiso documentarse. Le mostré el funcionamiento del negocio y los «reservados» —matizó la palabra—. Quedó agradecido y vino varias noches más. Le visité en su casa y me presentó a su hija. Me enamoré de Marguerite, aunque sin esperanza de ser correspondido. ¿Presume que puedo ayudarle? ¿Por qué?

—A veces me dejo llevar por el impulso. Tengo la certeza de que acercándome a usted estoy próximo a Leston.

—¿Me acusa? —inquirió fríamente Smith.

—Perdone. No me expresé bien. Me refería a que quizá pudiese orientarme sobre las amistades del escritor. Tengo entendido que en los últimos meses llevaba mala vida. ¿No pide otra copa? La que está a punto de destrozar entre sus dedos me pertenece.

—¡Diga claramente lo que pretende!

Arthur llenó el vaso del espumoso vino, paladeándolo. Aparentó no haber oído a su interlocutor.

—Buen champaña. ¿De contrabando?

Smith, pálido de ira, no contestó. Le desconcertaba la serenidad del que, sonriente, parecía complacerse en irritarle. Dijo:

—Vivo dentro de la Ley. No puedo echarle por su condición de policía porque éste es un local abierto al público. Sin embargo, le ruego que no vuelva a molestarme, a no ser que traiga un mandamiento judicial. Me irritan los...

Un ruido de cristales le interrumpió. En el fondo, junto a la barra del mostrador, un hombre había roto una botella. Frente a él, un individuo le miraba.

—¡Voy a hacer lo mismo con tu cabeza!

Arthur hubo de hacer un esfuerzo para dominar su regocijo. Su camarada en la Metropolitana, Harry Sands, se comportaba como un perfecto comediante. Le vio pegar a su antagonista, uno de los confidentes de la policía, y meter la mano debajo de la solapa izquierda del *smoking*, dispuesto a empuñar un arma.

—¡Vete o no podrás hacerlo nunca más!

El amenazado se alejó, temeroso, entre las miradas burlonas de los hombres y las de desprecio de las mujeres. Huyendo se comportaba como un cobarde. Harry Sands se sentó en una mesa.

—Otra botella —pidió al camarero.

Con pulso sereno encendió un cigarrillo. Minutos más tarde todos olvidaban el incidente, menos John.

—¿No interviene? —inquirió a Arthur.

—Vea al agente de servicio. Se acerca a hablar con él. No acostumbro a excederme, en mis atribuciones. Le dejo, Smith. No debe guardarme rencor. ¡Ah! Me olvidaba. Le enviaré una invitación para mi boda con Maggy.

Hizo una seña y el camarero se aproximó.

—¿Qué le debo?

John se incorporó.

—Nada. Tengo el gusto de invitarle y acepto su reto. ¡Usted no se casará con Maggy!

—¿Cómo va a impedirlo?

—Ella se negará. Me consta que es una muchacha inteligente. Adiós, señor Frost.

—Tendré mucho gusto en volver a verle.

Arthur se alejó satisfecho. ¡Había conseguido sembrar la incertidumbre en el ánimo del hombre de cuya culpabilidad estaba seguro!

* * *

John Smith se acercó a la mesa de Harry Sands.

—¿Qué le ha ocurrido? Soy el dueño del cabaret y aborrezco las escenas de violencia. Me restan clientes.

El interrogado levantó el rostro.

—Lo siento; pero de Tim Riley no se burla nadie.

—¿De Nueva York?

—No, de Chicago. Celebro verle. Me aburro en este tugurio. ¿No hay forma de arriesgar unos dólares?

—Sí, si me dice quién es. Puede ser un «poli» y...

Harry Sands le interrumpió:

—Le supuse más listo. Tendré que marcharme. En Filadelfia sobran sitios donde no le exigen a uno la filiación para permitirle jugar. ¿Quiere un certificado de buena conducta?

Se desabrochó el *smoking* mostrando un revólver en una funda axilar.

—¿Qué le preguntó el agente de servicio?

—Lo que usted poco más o menos. El «tipo» al que asusté quiso jugármela. Le encontré en la Calle Séptima y le obligué a aflojar la «pasta». Se empeñó en proponerme otro negocio y tuvo la poca habilidad de

amenazarme. Ya vio el resultado. ¿Me deja o no me deja jugar?

—Desde luego. Le acompañaré yo.

Entraron en un gran salón en el que había varias mesas.

—¿Dónde quiere sentarse?

—Con aquella chica guapa. Diga a uno de sus «ganchos» que me ceda el puesto.

El lenguaje grosero, del hampa, del sujeto confió más a Smith, que hizo señas a uno de los que se hallaban con Verónica Bolt.

—Lo siento, señores —se disculpó el individuo—. Había olvidado una cita urgente.

Recogió unos billetes y se marchó. Harry Sands ocupó su puesto, sin perder de vista a John, que se alejaba hacia la entrada en busca de Tovne.

—¿Qué hay? —inquirió Smith.

—Todo bien, jefe. Frank Leston ha cometido un nuevo crimen. Nadie le vio. Cada día es más difícil de manejar, la sangre le hace enfurecerse. Tuvimos que ponerle una nueva inyección de insulina.

—Te felicito, Rogers. Ahora escúchame: necesitamos hombres. Hazte amigo de ese que juega con Verónica y proponle, que ingrese en el *gang*. Yo no debo enterarme hasta que tengamos certeza de su fidelidad, que pondrás a prueba en la forma acostumbrada.

CAPÍTULO VI

El *night-club* de Jack Maloney estaba situado, como el de John Smith, en Broad Street, en la esquina con Carpenter, al sur. Era el segundo en importancia de la ciudad y lo frecuentaba una concurrencia menos selecta que la de su rival, aunque más numerosa. Maloney despreciaba el juego posponiéndole a las drogas. En determinado lugar de la casa, bajo el *camouflage* de «reservados», había cuartos a los que nunca tuvo acceso la Metropolitana. Maloney invertía miles de dólares en sobornos.

Aquella noche, como tantas otras, la orquesta de negros interpretaba un alocado ritmo con el que se contorsionaban las parejas. De pronto, seis enmascarados irrumpieron en el salón provistos de ametralladoras «Thompson» y situándose en rincones estratégicos abrieron fuego. Los gruesos espejos, acribillados por las balas, fueron hechos añicos, mientras los que se divertían en el *night-club* se esforzaban en abandonar el local ensordeciendo el aire con sus gritos. Los *gángsters*, al mando de Rogers Tovne, se complacían en aumentar el confusiónismo lanzando ráfaga tras ráfaga. Los secuaces de Maloney, protegidos por el público, iniciaron la defensa. Un hombre, alcanzado por un proyectil, lanzó un alarido que dominó el estruendo de las detonaciones. Algunas mujeres se habían desmayado...

En menos de cinco minutos el *night-club* quedó desierto. Tovne oprimió furioso el gatillo. Recordaba a Williamson y a sus hombres, muertos a traición. La prudencia aconsejaba retirarse, pero no quiso hacerlo sin vengar a sus camaradas.

—Adelante —mandó—. Que no quede uno vivo.

Eran cinco los que resistían desde distintos ángulos. Sus pistolas resultaban pobres armas contra las modernas ametralladoras.

—Al coche. Ya tienen bastante.

Retrocedieron, saliendo a la calle. Un automóvil les esperaba y montaron en él, alejándose.

Cuando llegaron los vehículos de la Patrulla Móvil era tarde para capturar a los agresores. La ciudad ganaba con tales escaramuzas.

Maloney, que al comenzar el ataque huyó por la puerta trasera, probó, como siempre, que era ajeno al suceso y el único perjudicado.

Mientras tanto Rogers Tovne y los suyos, dejando abandonado el automóvil en Balnbridg Street, se dirigieron al cabaret en el que penetraron por la puerta de servicio, custodiada por dos individuos.

—¿Y el jefe? —preguntó.

—Tiene visita.

Así era. En aquellos momentos John Smith escuchaba los deseos de Bertrand Charington, el vendedor de frutos secos de Fitzwater Street.

—Necesito veinticinco mil. He de ampliar el negocio. Le pido ayuda. Le he hecho saber lo de Frank Leston para demostrarle, una vez más, mi lealtad.

—¿Dónde dejaste la carta?

—¿Qué carta? No sé a qué se refiere.

El tono de voz de John adquirió increíble dureza.

—No te hubieras atrevido a dar este paso sin tener asegurada la vida. No me gusta perder el tiempo. Si te comportas como un hombre tal vez te dé lo que solicitas. Antes de venir escribiste una declaración de tus actividades a mis órdenes denunciando lo del loco.

—No.

—Eres un necio, Charington. Nunca debiste usar conmigo ese procedimiento.

—No hay otro. Se negó en dos ocasiones a ayudarme. Vivo en la miseria con mi mujer. La tienda apenas si da para mantenernos los dos. Vi el cielo abierto cuando, por un exceso de confianza de Tovne, descubrí un secreto capaz de llevarle a la silla eléctrica. Tomé mis precauciones. Si dentro de una hora no regreso a determinado lugar será informada la policía. No estoy fichado. ¿Qué hace? No he mentado. Si me mata tendrá que huir de América.

—No lo creas. Te falta inteligencia.

Smith apuntaba a Charington con un revólver. Oprimió un botón y la puerta de entrada al despacho se abrió, apareciendo un *gángster*.

—¿Regresó Rogers?

—Sí. Hace unos minutos.

—Que entre. Jugaste sucio. Una hora tiene muchos minutos. Hola, Tovne. ¿Salió bien?

—Sí. Cayeron seis y no tuvimos bajas. Tim Riley no es ningún cobarde. Creo que hemos hecho una buena adquisición.

—Lo celebro.

En breves palabras refirió a su segundo las pretensiones de Charington. Rogers, mientras Smith hablaba, registró al vendedor de frutos secos. No llevaba armas. Una vez que el *boss* hubo terminado, reconoció:

—Me comporté con ligereza. No podía suponer en él madera de traidor. No se preocupe, jefe. Quince minutos de tratamiento en el sótano bastarán para desatarle la lengua. Lo demás será fácil.

—Hazlo a tu gusto, Tovne; pero piensa que posee un arma peligrosa.

—Le quitaré los dientes y no podrá morder.

—Confío en ello.

El *gángster* ordenó al prisionero:

—Ve adelante. No me obligues a golpearte.

Charington, amenazado por el revólver de John, no resistió. En el vestíbulo, los forajidos les miraron. Olds preguntó:

—¿Hay que liquidarle?

—Todavía no. Átale las manos y baja conmigo.

Cinco minutos más tarde los dos *gángsters* y Bertrand Charington se hallaban en una habitación abovedada donde se almacenaban las bebidas. Tovne apartó algunas, dejando al descubierto una argolla empotrada en la pared sobre un ancho sumidero. Allí sujetó al vendedor de frutos secos, que sudaba de terror.

—Escucha, amigo —comenzó el lugarteniente de Smith—. Nadie oírás tus gritos. Esa rejilla, sobre la que pones los pies, da al sumidero que lleva el agua de los lavabos. Allí irá tu sangre. Te concedo dos minutos.

—No hablaré.

—Mientras pasa el plazo —prosiguió imperturbable Rogers— te contaré lo que pienso hacerte. Me lo enseñó un chino, que enloqueció por el abuso del opio. Le facilité varias veces gratis la droga a fin de que me adiestrara en los mejores procedimientos para desatar la lengua a los traidores y... a los héroes. Te pincharé con mi puñal en los centros nerviosos. El dolor es terrible. Te retorcerás. Algunos se fracturan los hombros en los inútiles esfuerzos. Luego...

Bertrand Charington no resistió.

—Lo tiene mi mujer. No la hagan daño.

Rogers Tovne sacó su revólver, disparando contra el que intentó enfrentarse a John Smith. Olds le reprochó:

—No debiste hacerlo. Quizá mintiera.

—Hubiera utilizado otro nombre y no el de su esposa. Vamos. No podemos perder tiempo. Más tarde nos ocuparemos del cadáver.

Olds y Tovne, tras cerrar la puerta de la bodega, se reunieron con sus camaradas. Tim Riley preguntó:

—¿Y ese «tipo»? ¿Le habéis «despenado» ya?

—Todavía no —repuso, prudente, Rogers—. Esperadnos. No tardaremos en regresar.

—¿Por qué me mentiste? —le reprochó Riley—. El jefe eres tú.

—Como si lo fuera. Con nadie debes entenderte más que conmigo. Llevas poco tiempo en el *gang*. Necesitamos saber de qué pasta estás hecho.

El falso Tim Riley creyó llegado el momento de hacer una demostración de valor que terminara de granjearle la confianza de sus nuevos compañeros. Cogiendo de las solapas a Tovne, exclamó:

—¿Qué insinúas? No acostumbro a tolerar insultos.

Le empujó violentamente, haciéndole caer. Desde el suelo, fuera de sí, Rogers fue a empuñar el revólver.

—¡Quieto si no quieres morir!

Riley le apuntaba con una imponente «German Luger». Todos quedaron asombrados de la rapidez del que osaba desafiar a Tovne. Este, se incorporó, mirando con rencor a su rival.

—Ya nos encontraremos en otro momento.

—Discúlpame. Me dejé llevar de los nervios. La idea de que me confundan con un «soplón» me saca de quicio. Sé que tengo que obedecerte, y lo haré gustoso. ¿Amigos? Si hemos de trabajar juntos es absurdo que nos odiamos.

—Asunto olvidado. Vamos, Olds.

Ya en Broad Street subieron a un taxi. No juzgaban conveniente utilizar el «Cadillac» hasta que la policía no se olvidara de las características del coche que les burló. Dieron al chófer unas señas próximas al lugar al que se dirigían:

—A Fitzwater Street, esquina a la Calle Veintiuna. Deprisa y habrá propina.

Se hallaban cerca del almacén de frutos secos de Bertrand Charington. El despacho al público estaba cerrado entraron por el portal, llamando.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

—Soy Tovne. Le traigo un aviso de su marido.

Les fue franqueado el paso por una mujer de unos treinta y cinco años, de rostro marchito por el tiempo y, mala vida.

—Hola, Rogers. ¿Qué hay?

—Venimos por la carta que te dejó Charington.

Ella vaciló. Se dio cuenta de que había procedido de ligereza al abrir.

—No sé a qué te refieres. Bertrand ha debido equivocarse.

—No sigas o te liquidamos. ¡Vamos, habla!

Cuando salieron del domicilio del que horas antes era un feliz matrimonio, Rogers Tovne llevaba en el bolsillo de la americana la confesión que dejó escrita el vendedor de frutos secos y sobre su alma un nuevo crimen.

CAPÍTULO VII

—No admito disculpas, Marguerite. Hace una hermosa tarde y vengo a que me acompañes al Fairmount Park. Necesitas distraerte.

El semblante de Arthur Frost denotaba simpática autoridad.

—Estoy obsesionada por lo de papá. Anoche cometió otro asesinato. ¿Qué haces que no le capturas?

—No hablemos de eso. Hemos tomado las máximas precauciones. Es indudable la culpabilidad de John Smith. El traje que llevas te sienta de maravilla.

—Apenas duermo. Eres muy galante. Me consta que mi aspecto es deplorable.

—No lo creas. Las ojeras te favorecen.

Los dos jóvenes, del brazo, como dos buenos amigos, salieron a la calle. Maggy propuso:

—Vayamos andando. He perdido el hábito de pasear.

La muchacha sufrió un leve estremecimiento.

—¿Tienes frío?

—No. Es nervioso.

Confundiéronse con los numerosos transeúntes sin observar que un hombre les seguía. Caminaron por Race Street, deteniéndose frente al Teatro Nacional, donde se anunciaba el estreno de una revista y, sin cruzar palabra, por Ridge Avenue, llegaron a Poplar. A la altura del hospital de San Germán, Arthur preguntó:

—¿Te cansas? Podemos tomar un coche.

—No. Ya falta poco. Crucemos el puente Girard. Tenías razón. Es una tarde espléndida. Te agradezco el recuerdo. ¡Me encuentro tan sola!

—Por mí gusto estaría contigo a todas horas, pero...

—¿Qué? —inquirió ella anhelante.

—De un lado las obligaciones del servicio y de otro el temor a...

—¡Sigue!

—¿Es necesario que te lo diga, Maggy? ¡Te quiero!

El rostro de la muchacha se ensanchó en una sonrisa feliz. ¡Ansiaba oír tales palabras! No contestó. La emoción se lo impedía.

Entraron en el puente que cruza el río Schykill. Aún dominado por la zozobra de la posible respuesta de Marguerite, algo avisó al inspector Frost de un inmediato peligro. Tal vez fuera ese sexto sentido que en más de una ocasión le salvó la vida.

Volvió la cabeza. Un automóvil, a unos diez metros, se les echaba encima. Rápido como el pensamiento, cogiendo del brazo a la joven, la

arrastró consigo, mientras desenfundaba el revólver. El automóvil se perdía ya a lo lejos.

Todo sucedió en una fracción de segundo. A no ser por su rapidez, Arthur, yacería muerto, víctima de un accidente de circulación.

Antes de que pudiera cambiar un comentario con Marguerite, un agente de tráfico se les acercó:

—Aún no me explico qué pudo ocurrirle a ese chófer. ¿Quién es usted para usar armas? Tomé la matrícula.

—El inspector Frost, de la Metropolitana. El coche será robado —miró al grupo de transeúntes que les rodeaban—. Ordene que circulen.

Sin aguardar respuesta, el joven detuvo un taxi.

—Al Fairmount Park. Pare en el Memorial Hall.

El vehículo se dirigió al lugar indicado, a través de Elm Avenue.

—¿Muy asustada, Maggy?

—No. Fue tan rápido que... ¿En qué piensas?

—En la posibilidad de un intento de asesinato. Hay una cosa que no me explico. Tú pudiste morir también. No compagina con ese amor desesperado que dijo profesarte Smith. ¡Temo por tu vida, Marguerite!

Ella le miró con ternura.

—No me ocurrirá nada, Arthur. Tú me defenderás. Yo... ¡también te quiero!

No hubo más palabras. El brazo derecho de Frost atrajo el rostro de la mujer y sus labios gustaron de la caricia del primer beso. El chófer, que observaba la escena por el espejo retrovisor, aminoró la marcha.

Marguerite y Arthur, muy juntos, diciéndose con los ojos lo que las palabras no lograban expresar, se aislaron de cuanto les rodeaba. Fue él quien primero reaccionó. Estaban lejos del Memorial Hall, avanzando muy despacio por los caminos para carruajes del Fairmount Park, el principal punto de recreo de la ciudad. Tocó con los nudillos en el cristal que les separaba de la cabina del conductor.

—¡Eh, amigo! ¿Dónde nos lleva?

—No quise interrumpirles —replicó el aludido con un gesto cordial— y esperé a recibir órdenes.

—Bien hecho. Pare y agüárdenos aquí. Regresaremos pronto.

Ayudó a bajarse a la muchacha y, cogidos de la cintura, se internaron por estrechos y umbrosos paseos. Un rústico banco les brindó asiento. Se acomodaron en él, con las manos enlazadas.

—Te invité a venir aquí, Maggy, para, en un escenario propicio, hacerte mi declaración. No supe contenerme.

—¿Por qué tardaste tanto?

Él sonrió al oír el cariñoso reproche.

—¡Miedo! No se lo digas a nadie. Mis compañeros se burlarían si supieran que he temblado ante la posibilidad de una negativa tuya. La idea

de que pudieras rechazarle me enloquecía.

Se arrepintió de la última palabra, que evocó en Marguerite un triste recuerdo.

—¡Pobre papá! El médico confiaba en mejorarle. Ahora será inútil. Tal vez le hayan matado.

Frost pensó que era lo mejor que podía sucederle.

Se movió inquieto en el banco, mirando en todas direcciones. Ella inquirió:

—¿Qué te sucede?

—No sé. Me da la sensación de que...

No terminó la frase. Sus ojos habían descubierto, a su izquierda, el perfil de un hombre que se ocultaba detrás de uno de los altos chopos. Vio una mano con una pistola, y dando un empujón a Maggy se dejó caer al suelo al tiempo que sonaba una detonación. El proyectil aulló muy cerca de la cabeza del policía, que, con una velocidad increíble, esgrimió su revólver, haciendo fuego por dos veces. Oyó un grito ahogado y un individuo abandonó el escondite desde el que le atacara a traición, tambaleándose como un beodo. Su automática tronó de nuevo. Ni aún malherido renunciaba al crimen. Arthur, pensando en la seguridad de su novia, disparó al hombro del desconocido. Estaba calificado como uno de los mejores tiradores de la Metropolitana. Su asombro fue grande al comprobar que la bala había atravesado la frente del asesino. Sin duda debió moverse en el momento en que apretaba el gatillo. Su rostro expresó contrariedad. ¡Necesitaba haberle capturado vivo para proceder a su interrogatorio! Era inútil lamentarse.

Un grito ahogado a su espalda le hizo recordar a Maggy. La muchacha, mirando el cadáver, muy pálida, retrocedió unos pasos.

—Papá —musitó en un angustioso recuerdo—. Él también es un asesino. ¡Dios mío...!

Arthur la sostuvo entre sus brazos.

—Cálmate. John Smith intenta suprimirme por dos razones. Como policía soy un peligro para él; como enamorado tuyo, una obsesión. ¡Ese *gángster* ha ido demasiado lejos!

La acarició con cariño.

—¡Búscale! —exclamó ella excitada. Arthur pensó que se refería al dueño del cabaret. Pronto comprendió su error—. Mucho le quiero, pero todo antes de que vaya sembrando el mal.

—No seas niña. Tienes que obedecerme. No te acuerdes más de lo que has visto. Regresemos a la ciudad. Empieza a anochecer y mi compañía es peligrosa para ti.

Ella alzó los ojos, interrogándole con el gesto y la palabra:

—No te entiendo.

—Smith ha lanzado a sus hombres tras la presa.

El crepúsculo era maravilloso. La cambiante luz de las nubes, contemplada a través de las hojas de los árboles, adquiría la belleza de lo que se entrevé, sin ser captado en su totalidad. El chófer, que leía una novela policíaca, les vio acercarse y bajó a abrirles la portezuela.

—¿No han oído unos disparos?

—Sí. Tal vez hayan instalado un campo de tiro en las inmediaciones. Llévenos a la Calle Primera. Le diré dónde debe parar.

—Bien.

Pisó el acelerador. El vehículo, a moderada velocidad, cruzó el Schylkill, entrando en la zona habitada de Filadelfia.

Durante el largo recorrido, Arthur Frost se esforzó en tranquilizar a su prometida, consiguiéndolo en parte.

—Te prometo resolver este asunto en cuarenta y ocho horas.

—¡No!... ¡No te precipites! Una imprudencia puede costarte la vida. Son seres sin entrañas.

—Sé cómo tratarles. Subiré contigo a casa, aunque no podré estar mucho. He de entrevistarme con un amigo...

* * *

Mientras tanto, en las habitaciones interiores del cabaret de Broad Street. John Smith, rodeado de sus hombres, gaseaba nervioso. Por dos veces se encaró con Tovne.

—¿Cuándo vienen esos? Llevan fuera más de dos horas. Pudieron llamar por teléfono.

—No lo habrán creído prudente, jefe. Es seguro que a estas horas la plantilla de la Policía Metropolitana tiene una vacante. El plan, como suyo, era perfecto.

Harry Sands, que bajo la falsa personalidad de Tim Riley escuchaba el diálogo, se mordió los labios con ira. Era sabedor de los dos atentados preparados contra su amigo, pero no pudo avisarle. De ocurrirle algo a Frost mataría allí mismo a aquel grupo de criminales.

Bebió un vaso de *whisky*.

Nadie hablaba, respetando el silencio y el nerviosismo de John. Al sentir abrirse una puerta los que permanecían sentados se incorporaron. Olds apareció en el umbral, con semblante sombrío.

—¿Qué noticias traes? —inquirió el *boss*.

—Malas, jefe. Ese «tipo» tiene siete vidas.

—Guarda tus comentarios para otra ocasión. ¿Qué pasó?

—Siguiendo sus instrucciones robé un automóvil y esperé a la puerta de la casa de la muchacha. Él no tardó en llegar y salieron juntos. Fueron a pie hasta el Fairmount Park y aguardé a que cruzaran el puente Girard para lanzar el coche. Él se apercibió, y con una serenidad increíble saltó

atrás salvándose de la muerte. Hui a toda marcha.

—¡Idiota! —le interrumpió Smith excitado—. Pudiste haberla matado a ella.

—No me dio instrucciones en contrario, jefe. Solo una orden. Liquidar a Frost a cualquier costa. Ignoraba que...

—¡Basta! —le interrumpió enérgico John—. Continúa.

—Me apeé al otro lado del puente decidido a ayudar a Oliver. Retrocedí a tiempo de verles tomar un taxi. Les seguí. Habart iba en otro automóvil. Liquidaríamos a Arthur Frost. Pasó el tiempo. El coche que llevaba a los dos enamorados...

Smith salvó la distancia que le separaba del *gángster*, cogiéndole, feroz, por las solapas de la americana.

—¿Qué has dicho?

—La verdad, jefe. Cuando se sentaron en uno de los bancos del Fáirmount se besaron dos veces. ¡Suélteme!

Los ojos del *boss* brillaron enloquecidos. Tovne intervino:

—Déjele que siga. Él no tiene la culpa.

John, serenándose en un formidable esfuerzo, se apartó de Olds, que agradeció a Rogers con una mirada su intervención.

—Poco queda ya. Desde mi escondite, no muy próximo, para no ser descubierto, vi que Oliver Habart se disponía a acribillarle por la espalda. Se hallaba bien protegido detrás de un árbol y era imposible que le vieran. Cuando afinaba la puntería, el tal Arthur se puso en pie. Como en el puente, el instinto le avisó. Lo cierto es que se echó a un lado al tiempo que Oliver disparaba. Respondió a la agresión. Vi a nuestro compañero abandonar el escondite y enfrentarse valientemente con su enemigo, que, de un balazo en la cabeza, le mató. Pensé intervenir pero Arthur no se descuidaba. Si a traición, y por dos veces, se libró de nosotros era suicida atacarle a pecho descubierto. Les seguí a distancia, dejándoles en el piso de la mujer. Vine a avisarle. Le aseguro que Oliver Habart se portó bien. Ese individuo es peligroso.

—¡Y vosotros un hato de necios!

El *boss* paseó, excitado. De un trago bebió el vaso de ginebra que Tovne le ofrecía y se encerró en el despacho, dejando solos a sus hombres. Apenas Smith hubo desaparecido, Olds dijo:

—Esa «chica» le ha trastornado el juicio. Dadme un cigarro. Agoté los míos en la persecución del «poli». ¿De qué te ríes, Riley?

—Teméis demasiado al jefe. Creí que te ibas a morir del susto cuando te cogió de las solapas.

—¿Me llamas cobarde?

La mano derecha de Olds estaba muy cerca de la funda axilar. Harry Sands sin perder la serenidad, contestó:

—Permitiste que mataran a tu camarada y te faltó valor para

enfrentarte con Arthur. Sí, ¡fuiste un cobarde! Todos los que nos rodean están pensando lo mismo.

El *gángster* empuñó la pistola. El falso Riley, de una patada en la muñeca, le desarmó.

—No seas necio —le dijo—. Confórmate con que te indultara el *boss*. No quieras morir tan pronto.

Rogers Tovne intervino:

—No discutáis. No es hora de reproches.

Reinó el silencio. El agente leyó aprobación en los rostros de los *gángsters*. Al defender al que murió a manos de Arthur demostraba compañerismo. Necesitaba un pretexto para marcharse pero mientras John Smith no saliera, ni Rogers ni Olds se atreverían a autorizarle. Estaba intrigado por la suerte del hombre al que los jefes de grupo condujeron al sótano la noche anterior. ¿Cómo abordar tal tema de conversación? No fue preciso. Dos *gángsters* cambiaban impresiones en voz baja.

—No resultó agradable el trabajo. Estimaba a Bertrand. Le tiré al Delaware con una piedra atada a una de las piernas. Se hundió rápidamente. Servirá de pasto a los peces.

—Al jefe no se le puede traicionar sin recibir el castigo.

¡Un asesinato! Sobraban pruebas para proceder a la inmediata detención de John Smith.

La bombilla roja que comunicaba con el botón de la mesa de despacho del *boss* se encendió y Tovne se apresuró a entrar. Tardó unos minutos en aparecer de nuevo.

—Distribuíos por el salón y no descuidarse. Tal vez Jack Maloney quiera tomarse la revancha.

Harry Sands se acercó a Rogers.

—¿Me dejas que salga una hora? No quiero líos con una rubia estupenda a la que llevo tres noches sin ver. Regresaré enseguida.

—No tardes. El jefe está de un humor endiablado.

—Gracias.

El agente de la Metropolitana, en Broad Street, detuvo un taxi.

—Doble por Christians Street y pare en «La Dalia Azul»

El chófer, extrañado de que nadie tomaba un vehículo para recorrer tan corta distancia, arrancó y cinco minutos después se detenía a las puertas de un cabaret, cobijo de indeseables. Harry, tras abonar el importe de la breve carrera, cruzó el salón, entrando en el pasillo destinado a servicios.

Conocedor del local, abrió varias puertas hasta llegar a la Calle Diecisiete, donde, tras cerciorarse de que nadie le seguía, detuvo otro coche de alquiler, a cuyo conductor dió las señas del paseo Lancaster, situado en la parte oeste de Filadelfia.

—Si va deprisa habrá buena propina.

—Bien, señor.

Mientras el automóvil atravesaba la ciudad, Harry Sands ordenaba sus ideas. No esperaba ser introducido tan pronto en la intimidad del *gang*. Por fortuna hacía escasamente unos meses que fue trasladado desde Reading y no era apenas conocido. No obstante, le urgía definir su situación, temeroso de que alguien pudiera identificarle.

—Pare aquí. Gracias.

—A usted, señor —contestó el chófer, guardándose dos billetes de cinco dólares.

A pie, volviéndose varias veces, en un exceso de precauciones, llegó al Cementerio Catedral, frente al de Olive. La verja estaba entreabierta y penetró en el recinto. Le sobrecogió el silencio extrañándole no ver a Arthur. Llegaba con media hora de retraso...

—Harry...

Giró en dirección al que le llamaba. Había reconocido la voz de su camarada.

—¿Dónde estás?

—Detrás de los cipreses. No conviene que puedan vernos desde la calle.

El agente de la Metropolitana avanzó hasta encontrarse frente al inspector.

—Hola, Arthur. Temí que no me fuera posible venir. Enhorabuena.

—¿Por qué?

—Por muchas razones, no seas reservón. Te declaraste a Marguerite y ella te dijo que sí, liquidaste a un «tipo» en el Fairmount Park, burlando a otro en el puente Girard y, por último, ¡tienes a John Smith en tus manos!

Esperaba una reacción distinta en Arthur.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

Harry Sands refirió la historia de Olds a su regreso al cabaret sin omitir el furor que acometió al *boss*. Luego habló de la muerte del llamado Bertrand.

—No creí que le hubieran matado.

—Asesinaron también a su mujer. Sin duda conocían algo comprometedor para Smith. ¿Qué más sabes?

—En los sótanos del cabaret, si mis palabras y las confesiones que arrancaremos a los *gángsters* después de detenidos no bastaran, debe haber pruebas más que suficiente, para sentar en la «silla» a ese John de todos los diablos.

—¿Y Frank Leston? ¿Crees que le tendrán allí?

—Lo ignoro. Nadie le menciona y yo aparento ignorar la intervención del *gang* en ese asunto. ¿Qué te ocurre? Pareces preocupado.

—Me di un plazo de cuarenta y ocho horas para encontrar al demente. Hazme un plano de las habitaciones interiores del cabaret. Iré a hacer una visita a Smith en su guarida.

—¿Solo?

—Sí. No quiero espantar la caza.

—¡Es una temeridad!

—¡Dame lo que te he pedido!

Harry Sands conocía de sobra al inspector para insistir y obedeció trazando unos signos en una hoja de block.

—Permíteme, al menos, que vaya contigo.

—No. Tú volverás con ellos. Si caigo organiza la redada. No quiero que al saberse acorralados puedan matar a Fran ¿Comprendes?

—Sí. No te preocupes. Smith es peligroso. A veces creo que es un perturbado.

—Ni eso le salvará —amenazó sordamente el inspector—. No cometas imprudencias ni actúes en nombre propio. Tu misión es importante. Serás, para ellos, un sorprendente testigo de cargo. Explícame el croquis.

Harry hizo lo que se le indicaba. Al desaparecer dijo burlón:

—Adiós, rubia.

Se volvió para marcharse. Sands le cogió del brazo:

—¿Qué dices?

—La verdad. Para Rogers Tovne eres una rubia que... —Con las dos manos, sonriendo, describió un cuerpo de mujer, al tiempo que silbaba admirativamente—. Solo nos resta averiguar el paradero de Frank Leston. El éxito acompaña nuestras investigaciones. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Una visita a John Smith en la sala de baile del cabaret. Quiero que, sabiéndome tras sus pasos, cometa una imprudencia para detenerle. Sus hombres se desorientarán y será llegado el momento de actuar. Procura que ninguno de los *gángsters* baje a los sótanos sin tu compañía. ¡No deben matar al padre de Maggy!

—No lo harán. Descuida.

Los dos hombres se estrecharon fuertemente las manos, en un nervioso apretón. Iban a meterse en el cubil de la fiera.

Harry Sands abandonó primero el Cementerio, concertando una nueva cita en el mismo lugar, si los acontecimientos no se habían precipitado, para las diez de la noche siguiente...

CAPÍTULO VIII

Con ironía, Harry Sands enumeró los encantos de la mujer a la que acababa de abandonar.

—Es despampanante. Te lo aseguro. ¿Me invitas a una copa, Tovne?

—Sí. Luego iremos a la sala de juego. Me gusta Verónica Bolt.

—Lo comprendo. Es casi tan hermosa como mi rubia.

Cruzaron la pista de baile. En la barra tomaron dos dobles de coñac.

—¿Se le pasó al jefe el mal humor?

—Eso parece. Ahí sale.

Sorprendido por el tono amargo del *gángster*, Harry miró a su derecha. John Smith, del brazo de Verónica, se sentaba en una mesa próxima a la pista.

—Te la quita —exclamó Sands burlón.

—Calla, Riley. No permitiré que la introduzca en la organización.

—¿Sabes qué opina Verónica?

—Es una buena chica. Está cegada por el espejuelo de la riqueza. Le pediré al jefe que no juegue con ella. Para él es un capricho. Para mí toda la vida.

Harry Sands quedó sorprendido de que en un ser sin escrúpulos como Rogers anidara un sentimiento noble.

—¿Te casarías?

—¡Qué importa eso!

El agente de la Metropolitana no hizo comentarios. Tal vez pudiera utilizar los celos de Tovne para enfrentarle con John. Inquirió:

—¿Vamos dentro?

—No. Sentémonos.

Lo hicieron en una mesa próxima a la que ocupaban Verónica y Smith. Harry pidió al camarero más coñac, que les fue servido. El segundo jefe del *gang* miró al que le acompañaba.

—¿Me harías un favor, Riley?

—Depende de lo que sea.

—Saca a bailar a Verónica. Quiero ver la reacción de Smith.

El cerebro del policía trabajó vertiginosamente.

—No me gusta mezclarme en esos líos —dijo—, pero accedo por una

vez.

Harry paseó su corta estatura entre las mesas hasta llegar a la ocupada por el boss y su pareja. En tono bajo, de espaldas a Rogers, habló:

—Jefe, Tovne me ha pedido que invite a bailar a Verónica. Está celoso de usted.

John dudó, hosco el semblante.

—Obedécele. Me gustan los hombres fieles. Tal vez dentro de poco, si sigues mereciéndolo, ocupes un puesto de confianza. Oí tus reproches a Olds.

Sands, sin aguardar el asentimiento de la muchacha, la cogió por el brazo, mezclándose con las numerosas parejas que llenaban la pista. Ella le reprochó:

—No debió decir eso.

—Carece de autoridad moral para aconsejarme, jovencita —repuso Harry—. Debiera estar en la cama, después de haber recibido unos azotes de mamá. Es demasiado ingenua para mezclarse en la vida de hombres de presa. Márchese y olvide el cabaret. Busque otro empleo. Tengo la certeza de que encontrará un esposo capaz de hacerla feliz.

Terminada la pieza musical, condujo a la muchacha a la mesa de Smith y, con una sonrisa, se apartó del jefe de la criminal organización, dispuesto a obtener de Rogers el informe que necesitaba.

—Hecho —dijo con semblante cínico, sentándose—. ¿Le has visto la cara?

—Sí. No le gustó. Nos mira. Brindemos. Presiento que tú y yo vamos a ser grandes amigos.

—Eso deseo. Observo desconfianza en los del gang. Olds comentaba antes algo con uno de los muchachos y se calló al verme. Hablaban de un loco.

Tovne carecía de motivos para recelar de Tim Riley. Su valor quedó demostrado en el asalto al cabaret regentado por Jack Maloney, y su fidelidad en la defensa que hizo de Oliver Habart, el hombre muerto por el inspector Frost en el Fairmount Park.

—Sí. Es Frank Leston. Le utilizamos para silenciar a las personas que no son gratas al jefe y para vencer la obstinación de su hija, de la que John está enamorado.

—¿Más que tú de Verónica?

La pregunta jovial fue hecha para que Rogers no viera en su rostro la excitación que le dominaba.

—Es un asunto que no me gusta. Si mi criterio sirviese habría liquidado a Frank para evitar responsabilidades.

—Cabe la posibilidad de que escape. Los sótanos del cabaret pueden tener alcantarillas por las que sea posible huir.

—Está en un hotel de Montgomery Avenue. ¡Observa al que entra! ¡Su audacia es increíble!

Harry Sands miró a la puerta, distinguiendo a Arthur Frost. Le vio inspeccionar el local y encaminarse hacia John Smith y Verónica.

—¿Molesto? —inquirió, burlón, sentándose.

—Sí.

—No tendrá más remedio que soportarme. Intentaron matarme dos veces.

El dueño del cabaret contestó con frialdad:

—No me interesa. Déjanos, Verónica.

—No. Debe quedarse.

La muchacha consultó a John con la mirada y éste, hostilmente, se encaró con el inspector:

—En mis empleados mando yo.

—Y en usted y en ella la Justicia. Es una orden, no un ruego, *boss*.

—¡Le procesaré por difamación!

—Es posible que no le dé tiempo. ¿Sabe que vengo de hablar con su madre, Verónica? Me costó trabajo convencerla para que me dijera si hubo algo anormal en la vida familiar días antes de la muerte de su esposo. Denis Bolt recibió dinero por un trabajo extraordinario que nadie sabe en qué consiste, excepto yo, naturalmente. ¿Le interesa, señorita, que capturen a los asesinos de su padre?

—Sí. ¿No le mató el loco?

—No. —Con palabra tranquila fue desarrollando sus teorías, seguro de que no se equivocaba. Sus ojos, acostumbrados a escudriñar en el semblante de los malhechores, se clavaban en los de John, que experimentó un leve desasosiego—. Ese dinero, Verónica, que usted gastó alegremente en trajes y caprichos, fue pagado a su padre para que permitiera la entrada en el hospital de dementes que se apoderaron de Frank Leston. ¿Motivos? Un *chantage* cerca de su hija. ¿Me equivoco, Smith?

—Allá usted. Creo que lee muchas novelas de aventuras.

—Le demostraré en su momento que no. Denis Bolt fue asesinado por los mismos que le pagaron. No beba esa copa, Verónica. Tal vez el champaña esté envuelto en sangre.

La acusación era directa. La joven se estremeció y el vino espumoso se derramó en el mantel. John, con pulso no muy firme, extrajo un cigarrillo de su pitillera, encendiéndolo.

—Siga. Deseo que termine para que se marche.

—Es usted quien tiene que hablar, John —las palabras del inspector restallaron como latigazos—. Espero una orden judicial para detenerle. Le esposaré, llevándole a pie, para su vergüenza, por la ciudad. Llamaré a todos los periodistas, diciéndoles: retrátenle así, como a un criminal, como

a un ser cobarde, repugnante, malvado...

Cada insulto ensombrecía aún más el rostro de Smith. Arthur esperaba una violenta reacción, que no llegó.

—Le costará la carrera. Mañana recibirá la visita de mi abogado.

—Será otro pillito como usted.

Frost deseaba que John, perdido el dominio de sí, le abofetease para detenerle por desacato a la autoridad. No lo consiguió.

—¡Márchese de mi mesa!

Verónica seguía asustada el diálogo de los dos hombres. Arthur se levantó y, girando la mirada en torno suyo, vio al agente de servicio junto al escenario. Consecuente con su táctica, se alejó del propietario del cabaret y, acercándose al policía, cambió con él unas palabras, señalando a Smith.

—¿Qué hay de verdad en lo que ha dicho? —inquirió Verónica.

No obtuvo respuesta. John tenía su mirada fija en los representantes de la Ley. Al volverse, la joven sofocó un grito de espanto. En las pupilas de Smith brillaba un odio salvaje.

—¡Calla y ve a cumplir con tu obligación!

Atemorizada, Verónica se levantó. A su memoria acudieron los consejos de Arthur Frost y de Tim Riley.

—Me voy a casa. No quiero seguir aquí.

Airado, John la cogió por la muñeca.

—Has de cumplir tu compromiso. Te pagué dinero a cuenta. ¡Devuélvemelo!

Verónica inclinó la cabeza.

—Lo haré poco a poco. ¡Suélteme!

—No. Has de ganar tu sueldo. ¿Qué quieres, Rogers?

Tovne, que había presenciado la violenta escena con la muchacha desde su mesa, sin poder contenerse, se acercaba.

—Para usted no representa nada, jefe, y yo la quiero. ¿Por qué no la deja en paz?

—Ignoraba que te gustase. Te la regalo. Cumplirá el mes de trabajo. Luego será libre.

—Lo hará. ¿Verdad, Verónica?

—Sí.

—Acompáñala a una mesa de juego y regresa. He da darte órdenes.

—Gracias, jefe.

Tovne, satisfecho, abandonó el salón del brazo de la muchacha. Arthur Frost se había marchado ya. Smith respiró profundamente. ¡Le estaban acorralando! ¡Tenía que huir de Filadelfia, pero antes...!

Tan perfecta le pareció su idea que se dispuso a ponerla en práctica. Hizo una seña a Harry Sands, que se aproximó.

—Reúne a todos en mi despacho. He de darles instrucciones.

—Bien, jefe.

Una vez solo, John examinó los pros y los contras de su plan. Tovne se le acercó.

—Discúlpeme, jefe. Esa chica...

—No hablemos de eso, Rogers. Espérame dentro. Hay trabajo para vosotros. Toma un cigarrillo.

La sonrisa afectuosa del *boss* se tornó irónica cuando su lugarteniente se hubo marchado. Se incorporó, encaminándose al encuentro de sus hombres, no sin antes beber una copa de champaña. Le dolía abandonar Filadelfia y sus prósperos negocios, pero era suicida permanecer allí desafiando al inspector de la Metropolitana...

CAPÍTULO IX

Arthur Frost, apenas abandonó el cabaret, consecuente de sus proyectos, dobló la esquina de Christians Street, penetrando en una casa de vecindad en cuyo patio se hallaba la boca de una cloaca. Levantó la tapa metálica y enfocó su linterna al interior. Unos escalones de hierro se ofrecieron a su vista. Descendió, tapando de nuevo la entrada, y alcanzó un angosto pasillo en rampa, por el que, medio agachado, anduvo unos metros hasta desembocar en un espacio abovedado, por cuyo centro se deslizaba una corriente de agua. La atmósfera estaba saturada de desagradables olores a detritus.

Caminó despacio, saltando los cortes en la estrecha acera de cemento, que conducían al arroyo central de los residuos de los diversos edificios. Llegó a una bifurcación y sacó un croquis del alcantarillado del distrito, examinándolo a la luz de una linterna. Tomó el camino de la izquierda.

De vez en vez llegaba a pequeñas rotondas que comunicaban con los sumideros de la calle, y por cuyas bocas penetraba el ruido de la ciudad, adquiriendo en el subterráneo extrañas resonancias.

En las paredes había indicaciones en rojo, y en las esquinas leíanse los nombres de las avenidas de Filadelfia. En Broad Street la alcantarilla se ensanchó. El ayuntamiento utilizaba también las bóvedas para galerías de servicio. Los cables del alumbrado eléctrico y de teléfonos, sujetos por abrazaderas a las paredes, semejaban gigantescos reptiles.

Se detuvo para consultar, una vez más, el plano y torció por un estrecho pasillo, en cuyo final había una pequeña plazoleta. A la izquierda se deslizaban las aguas residuales. Frente a él, unos hierros doblados, que se empotraban en la pared, le indicaron el camino a seguir. Estaba seguro de que sus enemigos no sospecharían su visita a los sótanos del cabaret por semejante lugar. No le extrañó encontrar, sustituyendo a una tapa corriente, una tupida reja, provista de cerradura. John Smith era precavido.

Examinó con la linterna el inesperado obstáculo por si hubiera algún sistema de alarma. Fueron diez minutos de minucioso examen. Tranquilizado, sacó de uno de sus bolsillos un juego de ganzúas, trabajando durante corto espacio de tiempo. Con un «clik» metálico giró la

llave y, segundos después, Arthur Frost examinaba una desierta habitación.

Anduvo por un pasillo, recorriendo varios cuartos revestidos de cemento en los que se almacenaban cajas de botellas, cubas y muebles fuera de uso.

Esperaba descubrir el paradero de Frank Leston y, por la falta de vigilancia, dedujo que se había equivocado en sus sospechas.

En una habitación cuyas paredes, en estanterías, se almacenaban botellas de vino, le llamó la atención la ausencia de telas de arañas en el centro de varios entrepaños de madera. Era indudable que el anaquel se abría. ¿Cómo?

Fue levantando botella tras botella. Era indudable que uno de los recipientes de cristal ponía en funcionamiento el secreto mecanismo. No se equivocó.

La pared giró sin ruido.

Con la pistola firmemente empuñada en su mano derecha y la linterna en la izquierda, penetró en un despacho sobriamente amueblado. A juzgar por el polvo, no se utilizaba con frecuencia.

No se atrevió a dar la luz. Ignoraba si en las inmediaciones montaba guardia algún *gángster*.

Registró los cajones sin apresurarse. Aunque tenía la certeza de que de ser sorprendido no vacilarían en ejecutarle, no deseaba que a causa del nerviosismo o el temor se le pasaran por alto las pruebas que buscaba.

Ayudándose de la linterna, examinó numerosos papeles. Sonrió. En sus manos tenía una lista en la que, a continuación del epígrafe «Clientes» se consignaban nombres y direcciones.

Enfundó la pistola, que dejara sobre la mesa al comenzar el registro y, con el juego de ganzúas, se dirigió a la caja fuerte. Fue precisa toda su habilidad para que la cerradura cediese. No pudo contener una exclamación de asombro. En uno de los rincones, con la etiqueta de una casa de antigüedades china, había varios paquetes. Desenvolvió uno, descubriendo un pequeño Buda de bronce. Pesaba poco.

Había invertido más de una hora en su investigación y estimó suicida prolongarla más. Guardó el objeto en uno de los bolsillos de la americana y, con el arma en disposición de disparar, salió del despacho. Oprimió de nuevo la botella y la estantería ocupó su primitivo lugar.

Despacio, sintiendo en su corazón la alegría del éxito, llegó a la tapa de la alcantarilla. Unos pasos le hicieron retroceder y ocultarse detrás de una pila de barriles.

Los pulsos martilleaban, fuertes y rítmicos, en las muñecas y las sienes del inspector de la Metropolitana. El que llegaba, sin duda, uno de los *gángsters* de John Smith, portaba también una linterna.

—Arthur... Arthur...

La llamada en voz baja le hizo mostrarse.

—¿Qué hay, Harry? ¿Cómo te has arriesgado?

—Es necesario. Había una posibilidad entre mil de que te encontrara y decidí intentarlo. Escucha.

Sands habló rápidamente.

—Bien, Harry. Ve con ellos. Cuando oigas un golpe metálico en uno de los rieles del ferrocarril, tírate al suelo. Les acribillaremos.

—No. Mi plan es distinto. Escúchame.

Una vez que Harry hubo terminado, el inspector le felicitó:

—Magnífico. Cumpliré tus instrucciones. Suerte.

—Lo mismo digo, Arthur. Dispones de una hora.

—Me sobra.

Frost cerró tras de sí la verja que comunicaba con el alcantarillado de la ciudad para no dejar huellas de su paso. Después, se dirigió a la cloaca de la casa de la calle Christians, a la que llegó sin novedad. Un taxi le condujo a Jefatura.

—¿Está el comisario? —preguntó a un agente de guardia.

—No.

—Llámele. Dígale de mi parte que le espero aquí antes de quince minutos.

Penetró en el despacho de su superior, e hizo varias llamadas telefónicas. Luego pulsó un timbre, ordenando a un sargento:

—Preparen cinco coches y veinte hombres armados de metralletas, bombas de mano y caretas de gases lacrimógenos. Disponga un sexto automóvil sin chófer. Yo le conduciré. Dese prisa.

—Sí, señor.

Arthur Frost consultó su cronómetro. Tenía tiempo. Un policía anunció:

—Dos hombres desean verle, inspector.

—Que pasen enseguida.

Los aludidos penetraron en el despacho. Eran altos y corpulentos, de facciones endurecidas por el peligro.

—Pertenece a la Oficina de Narcóticos —dijo uno.

—Voy a facilitarles su mayor triunfo. Una relación completa de quienes reciben las drogas al por mayor en Filadelfia para luego distribuirlas a los minoristas.

Los recién llegados se miraron sorprendidos. El de la metropolitana continuó, entregándoles varios papeles:

—También conozco el sistema de que se sirven para introducir los estupefacientes y el hombre a quién se le envían. Un registro en su casa y, sobre todo, en las bodegas haciendo girar la séptima botella del tercer estante, les mostrara un arca que contiene muchos idolillos como éste.

Los dedos hábiles de los que combatían el nefasto entrabando pulsaron los salientes del Buda. Seguros de que había un dispositivo automático, uno de ellos probó a desmontar la cabeza, fracasando. Hizo lo mismo con

los brazos, sin resultado. Al fin, el pie derecho giró a la izquierda, y un polvillo blanco cayó sobre la mesa desde la que Arthur Frost presenciaba la operación.

—Opio —comentó el de la Oficina de Narcóticos—. Buen trabajo. ¿Dónde hemos de ir?

—Primero tienen que darme su palabra de honor de obedecerme. Sé que son hombres habituados a obrar por cuenta propia. No puedo consentir que echen a perder mi trabajo.

—De acuerdo. Usted manda.

Con palabra precisa informó a los agentes de cuanto les interesaba saber. Una voz les interrumpió:

—¿Qué diablos ocurre, Arthur? ¿Se ha vuelto usted loco?

—Hola, jefe. Escúchame.

Tan asombrosas parecían al comisario de la Metropolitana las revelaciones hechas por su subordinado que guardó un largo silencio una vez que Arthur hubo terminado su historia. Dijo:

—Enhorabuena. ¿Quién entra sin llamar?

La puerta se había abierto y un hombre de unos cuarenta años, delgado, de cuidadas manos, irrumpió en el despacho.

—El inspector Lewis, del Servicio Secreto.

—No llamé a su departamento sino a la Policía Federal —advirtió Frost.

—Lo sé. Me avisaron porque tienen instrucciones de hacerlo. Al tiempo que se introducen las drogas —señaló el polvillo blanco que había en la mesa—, mandan instrucciones a agentes secretos enemigos. Anoche llegué de Hong Kong. Esos saboteadores pueden ser los que busco. Fuera me aguardan dos agentes.

El comisario, volviéndose a Arthur, comentó:

—Su trabajo va a levantar más revuelo del que usted supone. Hemos de actuar sin demoras...

CAPÍTULO X

John Smith explicaba a sus hombres los motivos que le forzaban a una acción que directamente no había de reportarles provecho propio.

Los periódicos, faltos de informaciones sensacionales, repiten día a día el tema que apasiona y estremece a los habitantes de Filadelfia: la fuga de un loco homicida y sus asesinatos. Conviene que algo centre el interés de la Prensa, desviándola de nosotros. Por eso vamos a dar este golpe, Rogers Tovne os dirigirá. Él ha recibido instrucciones.

Las palabras del *boss* fueron acogidas en silencio. Todos presentían la gravedad de la situación.

—¿Qué hacemos con Frank Leston? —preguntó Olds.

—Yo me encargaré de él mientras vosotros voláis el arsenal. Durante una temporada conviene que permanezcamos inactivos para que las autoridades se confíen. A vuestro regreso os liquidaré el último semestre de beneficios.

La premisa hizo brillar de codicia los ojos de los *gángsters*. Tovne indicó:

—Vamos ya. No podemos perder tiempo.

Los siete hombres salieron. Olds formó un grupo y Rogers otro. El primer objetivo fue cumplido sin dificultades. En Broad Street abundaban los lugares de recreo a cuyas puertas había aparcados numerosos automóviles.

Robaron dos de las mejores marcas. Tovne, un «Studebaker»; Olds, un «Chevrolet».

Los vehículos, conducidos por manos expertas, ascendieron por la calle Ancha hasta Balnbridg y, tomando Veinticinco Street, se detuvieron a unos quinientos metros del lugar señalado para el sabotaje.

La ciudad dormía.

El grupo de facinerosos, muy despacio, llegó a las proximidades del Arsenal de la Marina estadounidense, vigilado por tropas regulares. A la derecha, las vías del ferrocarril se bifurcaban para entrar en el establecimiento militar. Un centinela paseaba, tal vez para no dejarse vencer por el sueño.

Olds se aproximó a Tovne, preguntándole:

—¿Qué hacemos?

Harry Sands intervino:

—Buscar a John Smith y pedirle cuentas de su traición. Ahí dentro nos esperan los de la Metropolitana.

Hubo un breve silencio, roto por Rogers.

—¿Qué dices? ¿Puedes probar lo que afirmas?

—Sí. Que se destaquen dos miembros del *gang* e inutilicen a los guardianes, sin matarlos, para evitar la «silla». Los demás, desde los coches, podremos esperar los acontecimientos. No se trata de una acusación falsa. Os conviene comprobar lo que os digo. De recibir los beneficios de un semestre a una descarga de plomo hay gran diferencia. El *boss* tiene la certeza de que ninguno regresaremos.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Olds.

Harry esperaba la pregunta.

—Conozco mejor que vosotros a las personas. Le estorbamos y quiere liquidarnos. Se sabe descubierto. Dentro de unas horas huirá de Filadelfia. He cumplido con mi deber. Si os empeñáis en atacar, iré con vosotros. alguna vez hay que morir. Lo prudente es cerciorarse de si el jefe nos ha vendido o no. Dos voluntarios.

—Por sorteo —propuso uno—. Que Rogers escriba los nombres de todos y los mezcle.

Los *gángsters* acogieron con un afirmativo murmullo la sugerencia y minutos más tarde Sands leía en voz alta:

—Fred y Joe.

Aquellos a quienes había correspondido la peligrosa misión de tanteo, adelantaron unos pasos, escuchando las indicaciones de Rogers.

—Esperaremos en los coches, con los motores en marcha. Si salváis la vigilancia y no hay peligro, venid uno a comunicárnoslo. ¡Será el momento de actuar! Suerte.

Los forajidos, con las armas firmemente empuñadas, se alejaron de sus compañeros. Harry desdobló el resto de los papeles comprobando que en ellos Rogers había escrito los mismos nombres. Cruzaron una significativa sonrisa que pasó inadvertida para el resto de los *gángsters* que retrocedían en busca de los automóviles. Montaron y desde las ventanillas siguieron atentos la maniobra de sus amigos, quienes, silenciosos, se acercaban al centinela.

Joe enfundó su revólver, sacando de uno de sus bolsillos una «matraca» de goma y alambre, y se separó de Fred. Los árboles brindaban seguros refugios y, escudándose en ellos, llegó a unos cinco metros del soldado, que cesó en sus paseos, de espaldas al que iba a atacarle. Sus dos manos se apoyaban en el fusil. Creyó percibir un ruido y se volvió. No tuvo tiempo de defenderse. Algo duro le golpeó en la cabeza, privándole del sentido.

—Vamos dentro —comentó Fred—. Creo que Riley se ha equivocado.

Saltaron la cerca, no muy alta, que servía, a la vez, de paso a nivel para trasladarse desde la calle Christians a Carpenter, alcanzando un enorme patio, al fondo del cual distinguieron varios vagones de mercancías.

Avanzaron con precauciones, sin descuidarse.

—No hay centinelas interiores —comentó en un susurro Joe—. ¿Qué te parece?

—No me gusta. Volvamos con ellos. Les diremos que vimos hombres emboscados.

—¿Y si todo es mentira?

—Tovne pagará las consecuencias. No me meto en una ratonera.

—Yo tampoco.

Los *gángsters* iniciaron la retirada. En ese momento un reflector los iluminó, cegándolos, al tiempo que por un megáfono les conminaban:

—¡Entregaos!

Joe disparó en la dirección al foco de luz. Con un estrépito de cristales se hizo la oscuridad. La batalla había comenzado.

Retrocedieron despacio, sin perder la cara al sitio donde intuían estaban escondidos sus enemigos. Una ametralladora trepidó y los proyectiles aullaron en torno a los forajidos, que, desde tierra, respondieron al fuego con sus armas automáticas. Eran hombres que preferían morir antes que entregarse.

—¡Nos cortan la retirada, Fred!

Varias sombras se perfilaron detrás de ellos. El silencio pesó en el aire, como un presagio de futuros males.

—¡No seáis necios! Se os juzgará.

La voz parecía salir de los vagones de mercancías. Fred respondió:

—Venid a buscarnos si os atrevéis.

La réplica se la dieron en plomo. Joe, alcanzado en el pecho, se desplomó con un gemido. El *gángster* superviviente, sabiéndose perdido, gritó, al tiempo que alzaba los brazos:

—¡Me rindo!

Su suerte iba a ser la misma, pero antes tendría el gusto de delatar al *boss* que tan cobardemente les traicionó. Vio acercarse un grupo de agentes de uniforme y minutos más tarde las esposas se ceñían en torno a las muñecas del malhechor. Pidió:

—Llévenme pronto a Jefatura. Quiero declarar.

Los policías se miraron, no concibiendo semejante petición. Eran veteranos en el Cuerpo. Para desatar la lengua de los *gángsters* había siempre que emplearse a fondo.

—¿Y los que venían contigo?

Fred sonrió, pensando que iban a vengarle. Señaló con la mano el cadáver de Joe.

—Ahí está...

Evocó a Tim Riley y a Rogers Tovne, quienes, al primer disparo, se habrían apresurado a huir.

No se equivocaba. Cuando las detonaciones taladraron el silencio de la noche, los *gángsters*, en el interior de los automóviles, se movieron nerviosos.

—¡Canalla! —masculló Olds, con las manos crispadas en el volante del «Chevrolet».

Esperó a que el «Studebaker», en el que iba Tovne, se pusiese en marcha, para seguirle. Lo hizo, comprobando con gozo que tomaban la dirección de Montgomery Avenue.

—¿Me equivoqué, Rogers? —preguntó Harry Sands.

—No. Te debemos la libertad y, lo que vale más, el poder borrar del mundo de los vivos a un cobarde.

—¿Dónde vamos?

—En busca de Frenk Leston. Es posible que lleguemos a tiempo.

Pisó más el acelerador. ¿Iba a morir John Smith a manos de sus propios hombres?...

Ultimado el plan de ataque, Arthur Frost se encaró con los que le rodeaban:

—¿Han comprendido, señores? Les propongo una operación conjunta. Capturando al jefe tendrán los datos que necesiten. Han salido veinte policías al Arsenal para evitar el sabotaje. Sin embargo, el grueso de los *gángsters* no caerá en la trampa. Yo, con tres de ustedes, vigilaré uno de los hoteles de Montgomery Avenue. Los restantes, la otra parte. Nadie debe salirse del plan trazado.

—De acuerdo.

En unos minutos quedó dispuesta la expedición. Con Arthur iba el inspector Lewis y dos agentes más del Servicio Secreto. El comisario llevaba consigo a los miembros de la Oficina de Narcóticos.

—Iremos en mi coche —dijo Lewis—. Los automóviles de la Patrulla llaman demasiado la atención.

Frost apremió:

—Vamos ya.

El vehículo, a vertiginosa velocidad, se deslizó por el asfalto.

—¡Quiera Dios que nada le haya sucedido a Frank Lesión!

El inspector del Servicio Secreto le miró.

—Ese sería un mal menor. Se trata de un perturbado, de un irresponsable. Trabaja bien, señor Frost. La forma en que llevó las investigaciones le retratan como a uno de los policías más inteligentes con los que me he encontrado en mi carrera. Por desgracia, la Metropolitana adolece de exceso de rutina.

—Pertenezco a las nuevas promociones. Nosotros empleamos métodos más expeditivos. ¿Qué busca? Tal vez le ayude.

Tras muchos meses de trabajo logré enterarme en Hong-Kong de que, al propio tiempo que los estupefacientes, se introducen en los Estados Unidos consignas a un determinado grupo de espías. Llegué en el mismo vapor que las drogas, y desde entonces no he hecho sino fracasar. Perdí la pista del cargamento en la refriega de la calle Tercera. Vi al loco. El desorientó a los de la Metropolitana.

—¿Cree en la culpabilidad de John Smith?

—No puedo responderle a esa pregunta. Él me lo dirá.

—Comprendo.

El automóvil se deslizaba por la calle Diecisiete, de la que pasaron a Montgomery Avenue. Los cuatro hombres echaron pie a tierra.

—Le tienen recluido en un hotel. No hay más que dos en la avenida. Uno, el que se alza frente a nosotros; el otro le vigila el comisario. Ocultémonos. Conviene que pasemos inadvertidos. Tal vez esté dentro. Cuando llegue Harry lo sabremos.

Transcurrieron, lentos, los minutos. El semblante de Frost se iluminó de gozo al ver que dos coches se detenían a pocos metros de ellos. Cinco individuos, con las manos cerca de las fundas sobaqueras, se aproximaron a la verja, empujándola. Estaba abierta. El edificio de dos pisos parecía desierto.

—Yo registraré. Aguardadme aquí.

—¿No huirá por alguna puerta posterior? —sugirió Harry.

—No la hay. Conozco la casa palmo a palmo.

Pero John Smith se les había adelantado. Apenas sus hombres abandonaron el cabaret, en el «Cadillac» se trasladó en busca de Frank Leston, a quién, tras narcotizarle, trasladó a la parte trasera de su automóvil. En la imposibilidad de acercarse a Marguerite, por imaginarla custodiada por la policía, se dispuso a jugar, sin riesgos, su última y definitiva carta.

En una taberna italiana del Barrio Internacional pidió una copa de coñac, encerrándose en la cabina telefónica.

Marcó el número de Marguerite Leston. Tuvo paciencia. La joven, sin duda, estaría durmiendo.

Minutos más tarde una voz femenina preguntaba desde el otro lado del hilo:

—¿Quién es?

—John Smith. Tengo a tu padre en mi poder. Le mataré si no me obedeces.

—¿Qué pretendes?

—Necesito que vengas a mi lado para, juntos, huir de Filadelfia. Llevaremos con nosotros a Frank.

—¡Eres un miserable!

—Sobran los insultos, Maggy. Afirmé que te casarías conmigo y no con

ese estúpido de Arthur. Contéstame rápido. El «sí» equivale a la vida de tu padre. El «no» es su sentencia de muerte.

Hubo un largo silencio.

—¿Le sacaste tú del manicomio?

—Sí. Estaba casi seguro de tu negativa y quería que el hecho se produjera antes de mi conversación para que, jurídicamente, no pudieran relacionar los dos sucesos. Ganas casándote conmigo. Soy astuto.

—No lo creas. Ningún ser racional pretende conseguir por la fuerza lo que solo debe darse de corazón.

—No perdamos tiempo, Maggy. ¿Aceptas o no?

—No me queda otro remedio. ¿Dónde te encontraré?

—Pasea por la acera de la derecha de Woodland Avenue, frente a la Universidad, dentro de treinta minutos. No intentes traicionarme. Tu padre pagaría las consecuencias.

—No lo haré.

John Smith colgó el auricular, consultando su cronómetro. En ese momento, Rogers Tovne y los que le acompañaban estarían muriendo. Después de transmitir sus órdenes a los miembros del *gang* telefoneó a la Metropolitana denunciando el hecho. Ignoraba que Arthur Frost estaba al otro lado del hilo.

Pagó y, bebiéndose la copa de licor, abandonó el establecimiento. Le quedaba tiempo para borrar todo posible rastro.

Comprobó que Frank Leston continuaba sin sentido y se trasladó al cabaret, en el que entró por la puerta de servicio. No había nadie. Desde su despacho, a través de la mirilla de cristal que comunicaba con la sala de baile, reparó que quedaban pocos clientes.

Bajó al sótano y de una de las habitaciones extrajo varias latas de petróleo, que derramó en el suelo. Luego, en uno de los envases, subió a su gabinete de trabajo, repitiendo la misma operación. De uno de los cajones de la mesa sacó tres abultadas carteras, repletas de billetes de Banco. Con un suspiro encendió una cerilla, prendiendo fuego al combustible. Dentro de unas horas el edificio quedaría reducido a cenizas.

Subió de nuevo al «Cadillac» y se detuvo en Woodland Street.

Previniendo que, en un raptó de desesperación, la muchacha se hiciese acompañar por la policía, metió una bala en la recámara de su pistola, depositándola en una de las bolsas laterales del coche. Esperó.

A la hora prevista puso en marcha el vehículo, avanzando despacio. En la puerta central de la Universidad de Pennsylvania se hallaba Marguerite Leston. Detuvo el «Cadillac», haciéndole señas para que se aproximara. No había radie en los alrededores. Ella obedeció.

—Siéntate junto a mí, querida. No me gusta tenerte a mi espalda.

—¿Y mi padre?

—Detrás. Le cloroformicé. No le ocurre nada.

—¡Canalla...!

—Te prevengo. Cuando se ha llegado a mi situación, no importa un crimen más.

Maniobró, enfilando hacia el río Schuykill, que cruzó para entrar en la calle Cuarenta y Dos.

—¿Dónde me llevas?

—Lejos de Filadelfia. En Nueva York nos será fácil ocultarnos hasta que se olviden de nosotros. Entonces nos casaremos y tu padre quedará en manos de quién ordenes. Debes ser razonable. Acepta los hechos. ¡Quieta!

Pisó a fondo el pedal del freno al tiempo que, soltando el volante, retorció la muñeca de Marguerite, que empuñaba un revólver del 38. La joven gimió de dolor. Smith la abofeteó.

—Te advertí a tiempo.

Maggy, vencida, rompió a llorar. Se rehízo, en un formidable esfuerzo. Necesitaba conservarse serena.

—Dame un cigarrillo —pidió.

De nuevo el vehículo en marcha, alcanzaron la pista que enlaza con Trenton y Newark, desde donde, atravesando el Hudson, penetrarían en Nueva York. Varios automóviles iban delante de ellos.

Smith palideció. En una curva de la carretera, dos motoristas detuvieron a los que les precedían. ¡Imposible pasar!

Retrocedió. Al dar frente a la ciudad vio a lo lejos una gigantesca columna de humo. No pudo evitar una sonrisa. Sin duda se trataba del edificio en el que tuvo instalado su negocio.

Comprendió que Arthur Frost había mandado vigilar las salidas de Filadelfia. ¿Dónde esconderse?

Montgomery Avenue era el único refugio seguro. Sin embargo... ¿Y si alguno de los *gángsters* que envió a la muerte hubiera conseguido escapar? Desechó la idea por absurda. Tovne y los suyos no sospechaban de él. O muertos o prisioneros. La segunda posibilidad le inquietó. Tal vez le delatasen. Absurdo. No eran hombres que se dejaran capturar mientras les quedasen proyectiles.

Ir a Montgomery resultaba arriesgado, pero lo era más continuar recorriendo la ciudad o alojarse en un hotel. Pronto las emisoras de radio y televisión lanzarían a los cuatro vientos sus señas personales y las de la muchacha.

Enfundó la pistola, metiéndose en el bolsillo derecho de la americana el revólver con el que Marguerite intentó sorprenderle. Miró a la joven en cuyos ojos se adivinaba una llamarada de júbilo.

—No te alegres demasiado. Caerás conmigo.

Ella se estremeció...

Mientras, en el hotel de Montgomery Avenue, Rogers Tovne buscaba en vano a su jefe y a Frank Leston.

—Llegó antes que nosotros. Vayamos al cabaret. Ese malvado no debe escapar. ¿Qué haces, Riley?

—Lo normal en un miembro de la Metropolitana —respondió el agente, encañonando a los *gángsters* con su revólver—. ¡Al que se mueva lo mato!

—¡Tú!... Entonces lo de John Smith...

—Tal vez fuese cierto. Cabe la posibilidad de que también os haya denunciado. Lo hice yo.

Fuera de sí, Olds y Tovne intentaron empuñar sus armas. El primero cayó con la cabeza destrozada por un balazo. Rogers fue herido en un hombro. Los demás indeseables, que esbozaron un movimiento de resistencia, quedaron inmóviles. Cuatro hombres se acercaban.

—Buena labor. Creo que te ganas el ascenso.

—Hola, Arthur. ¿Quiénes te acompañan?

—Unos amigos que se interesan por la captura de Smith. Es imposible que salga de la ciudad. Los de la Patrulla vigilan las carreteras.

El inspector Frost esposó a Tovne, desarmando a los *gángsters*.

—Magnífica redada —comentó uno de los miembros del Servicio Secreto.

—Sí. Avise al comisario. Harry y yo visitaremos a Marguerite. Tal vez coincidamos con Smith.

Lewis intervino:

—¿Permitirán que les acompañe?

—De acuerdo; pero usted solo. Muchos cazadores ahuyentan la pieza.

Los de la Oficina de Narcóticos, el jefe del Distrito IV de la Metropolitana y los dos agentes del Servicio Secreto se hicieron cargo del herido y de los demás miembros del *gang*. Sands, Frost y Hank Lewis montaron en el coche partiendo a toda marcha en dirección a la calle Primera.

Subieron los tres pisos. Harry fue a pulsar el timbre, pero Arthur se lo impidió:

—Tengo llave. Conviene que obremos con cautela. Puede haber peligro.

Se equivocaba. En el domicilio de Maggy buscaron en vano señales de violencia. Frost, maniobrando en un aparato de cinta magnetofónica que horas antes conectó con el teléfono, oyó el diálogo entre Maggy y Smith, en el que éste, con la amenaza de asesinar a Frank Leston, la obligó a reunirse con él.

—¡Miserable! —rugió Arthur.

—No se excite. Tiene en sus manos una pieza de cargo maravillosa. Déjeme. No debemos correr el riesgo de que se borre lo escrito.

El del Servicio Secreto, con mano diestra, desmontó la cinta metálica,

guardándola en un estuche. Harry, observando la extraordinaria habilidad despiezada por Lewis, dijo:

—Buen mecánico.

—Obtuve el número seis de mi promoción. Aquel año hubo cinco mejores que yo, no solo en esto, sino en tiro, idiomas, explosivos, huellas... ¿Qué hacemos ahora, Frost?

—No lo sé. Ese hombre es endiabladamente listo.

—Es imposible pasar inadvertido con una mujer y un loco —intervino Harry—. Llevará el «Cadillac». Pondré en movimiento radio, Prensa y televisión. Están vigiladas las carreteras, pero eso no basta.

—Sea. El inspector Lewis y yo nos esforzaremos en localizarle. ¿Me acompañará?

—Con sumo gusto.

Dejando a Sands, los dos hombres montaron en el automóvil, dirigiéndose al cabaret de Broad Street. Cien metros antes les detuvo un agente de tráfico.

—¿Qué sucede? —preguntó Arthur, mostrando la chapa acreditativa de su personalidad.

—Un fuego, señor. El edificio amenaza derrumbarse. Hay peligro.

—No importa.

Seguido de Lewis, atravesó el cordón de vigilancia, llegando a las inmediaciones del establecimiento de John Smith. El jefe del Servicio de Incendios fue a saludarle:

—Hola, Arthur. ¿Qué le trae por aquí?

—La curiosidad. ¿Hubo víctimas?

—Dos heridos. El cabaret estaba casi vacío y se pudo evacuar a los vecinos de los pisos superiores.

—¿Y el propietario?

—Lo ignoramos. No se ha presentado aún. Ha perdido muchos miles de dólares.

—Eso es lo de menos. Va a perder más todavía. ¿No se puede entrar en los sótanos?

—Allí empezó el fuego.

El diálogo fue interrumpido por un hombre que solicitaba instrucciones. Arthur miró al frente. El edificio semejaba una gigantesca antorcha. Más de quince mangas vertían torrentes de agua contra las casas inmediatas para evitar que se propagase el siniestro. Se volvió a Lewis.

—Vayamos otra vez a Montgomery, antes de que sea tarde. Quizá encontremos pruebas.

El miembro del Servicio Secreto asintió en silencio. Iban a retirarse cuando una camilla, conducida por dos enfermeros, llamó la atención del inspector, que reconoció a Verónica Bolt.

—Hola —saludó con una sonrisa—. ¿Ha sido mucho?

—No. En la sala de juego nos enteramos tarde de lo que pasaba. Quiero decirle que...

—Siga. No se interrumpa.

—Tenía usted razón. Me he comportado mal.

Los dedos de Arthur acariciaron la barbilla de la joven.

—Buena muchacha. Iré a hacerle una visita cuando capture al asesino de su padre. Se lo prometo.

—Gracias.

Frost, silencioso, junto a Lewis, alcanzó el vehículo. Minutos después el automóvil corría en dirección a...

CAPÍTULO XI

El «Cadillac», guiado por las nerviosas manos de Smith, llegó al hotel en que estuvo secuestrado Frank Leston, que, en el asiento trasero del coche, comenzaba a recobrar el sentido. Maggy, al detenerse el vehículo, se apresuró a reunirse con su padre, acariciándole, mientras John, a la luz de una linterna, examinaba el cadáver de Olds. Pensó que tal vez fue el único superviviente y huyó herido, muriendo al penetrar en la casa. Adoptó un plan, el único posible.

—Vamos dentro, Marguerite. Yo me encargaré de Frank.

Reparó que el perturbado se ponía en pie y, acercándose a él, antes de que pudiera defenderse, le asestó un culatazo en la sien, derribándole.

Maggy se abalanzó sobre Smith, clavándole las uñas en la cara.

—¡Cobarde!... ¡Cobarde!

John, apartándose, golpeó también a la muchacha, a la que cogió en brazos, conduciéndola a una de las habitaciones interiores, donde, tras atarla de pies y manos, la dejó para repetir la operación con Frank. Luego, en el «Cadillac», se trasladó a la calle Diecisiete, en la que abandonó el vehículo, regresando a pie. Permanecería escondido en el hotel. Tal vez así lograra escapar.

Se apoderó de la pistola de Olds y de varios cargadores. Si era descubierto, se defendería hasta el último aliento.

Faltaba poco para que amaneciera. John, en el cuarto en el que, inconscientes aún, descansaban Frank Leston y su hija, encendió la linterna eléctrica, dejándola junto a sí. No le agradaba permanecer en completa oscuridad y, pese a que la habitación carecía de ventanas, le pareció imprudente dar la luz.

Fumó. Era un necio complicando su fuga. Solo no le sería difícil escapar de la Ley. Desde su nacimiento no conoció ni una hora de felicidad. Cuando tuvo dinero, el poder no le satisfizo. Necesitaba a alguien con quien compartir las inquietudes de su corazón, endurecido por la codicia y la soberbia. Un John Smith... Un don nadie. Tal sensación de insignificancia, unida a la pobreza, crearon en él un complejo de

inferioridad que fue trastornando su alma. ¿Para qué quería la libertad sin Marguerite?

Un gemido le hizo enfocar la linterna a la muchacha, que le miró con ojos extraviados por el horror.

—¡Le has matado!... Eres un asesino.

—¡Calla o tendré que amordazarte!

Se acercó al enfermo comprobando que el fuerte golpe en la sien le produjo la muerte instantánea. Mintió.

—No le ocurre nada. Pronto recobrará el sentido.

Reinó de nuevo el silencio. Smith anuló la única arma capaz de rendir la voluntad de la joven. ¿Qué hacer?

Aún podía intentar engañarla. Si Maggy comprobaba el fallecimiento de su padre todo estaba perdido. Se decidió.

—Escúchame, Marguerite. Si nos descubre la policía me defenderé, reservándome tres balas para nosotros. Te propongo una solución. Huyamos tú y yo. Desde un teléfono público comunicaremos al Pennsylvania Insane Asylum el paradero de Frank. Sin él nos será fácil escapar.

—Acepto. Al menos, papá se verá libre de tus garras.

Él la desató, cogiéndola del brazo.

—Vamos. No podemos perder tiempo.

La muchacha no opuso resistencia. Temía que Smith se arrepintiera y volviese para arrastrar en la suicida fuga a su padre. No salieron del hotel. Apenas habían llegado al jardín, un coche se detuvo frente a la verja de entrada. A la luz del alumbrado público, Maggy reconoció a Arthur. Quiso desasirse para correr junto al hombre al que amaba, pero unos dedos se clavaron cruelmente en su carne.

—¡Atrás! —ordenó John con voz ronca—. No nos han visto.

Retrocedieron hasta el cuarto que acababan de abandonar. Smith cerró la puerta tras de sí, soltando a la muchacha. El inmediato peligro le hizo olvidarse de la muerte de Frank Leston. Se aprestó a la defensa. Un grito a su espalda le hizo lanzar una maldición. Giró, mirando a Marguerite, que sollozaba. Sin vacilar descargó un culatazo en la cabeza de la joven, que cayó sobre el cadáver de su padre. ¿Habría oído el grito Arthur Foster? Entreabrió la puerta, avanzando por uno de los pasillos. Se escucharon pasos y la voz de su rival:

—Vigilad la salida, Lewis.

Aprestó su automática asomando la cabeza por uno de los recodos del corredor. A unos cinco metros estaba Arthur Frost. Los dos hombres se vieron al mismo tiempo disparando con precipitación sus armas.

John Smith, sin volver la espalda al lugar por dónde podía aparecer su enemigo, alcanzó la habitación, escudándose en el quicio de la puerta. Sin mostrarse, Frost le conminó:

—¡Ríndete! ¡Estás perdido!

—No lo creas. Si antes de cinco minutos no has abandonado el hotel, mataré a Marguerite y a su padre. Ellos garantizan mi libertad.

Lewis intervino.

Mucho hizo usted por mí, Arthur. Ahora me corresponde actuar.

Le apartó de la zona de peligro y, de bruces en el suelo, asomó la cabeza y una mano, disparando. Después, ya en pie, consultó su cronómetro.

—Faltan tres minutos. Deme su pistola. Procuraré no matarle.

—¿Qué piensa hacer?

—Ahora lo verá. Si me acierta, véngume.

Lewis empuñó en cada una de sus manos una automática. Explicó:

—Atacaré cuando resten segundos para el plazo que ha dado.

—Es suicida.

—Acostumbro a ganar mis éxitos. Si usted le capturase me avergonzaría de la felicitación de mis superiores. Concédame el honor de reducir a esa alimaña. No le mataré más que en caso desesperado.

Observó su reloj. Pese a la excitación que le dominaba, Arthur experimentó un sentimiento de admiración por el miembro del Servicio Secreto que, con admirable serenidad, salió al centro del pasillo, a pecho descubierto.

Como Lewis esperaba, la granizada de proyectiles impidió defenderse a John, que se limitó a asomar el brazo para hacer fuego. Un proyectil le atravesó la muñeca. El del Servicio Secreto no se confió y sus dedos continuaron apretando los disparadores. Así alcanzó la puerta de la habitación. Smith le miró con odio. Su mano derecha colgaba, inmóvil, a lo largo del cuerpo. Su izquierda sostenía un revólver.

—¡Suelta el arma! —ordenó Lewis, con voz fría, carente de inflexiones—. ¡Suéltela!

—Dispararemos a la vez —repuso, trémulo, el dueño del cabaret de Broad Street—. No me cogerá vivo.

—No sea necio. Tiene dinero y dispondrá de un buen abogado. ¿Hay pruebas contra usted?

Tan inesperado fue el movimiento de Lewis que el proyectil de Smith se clavó en la pared. El del Servicio Secreto se había dejado caer oprimiendo el gatillo de una de las automáticas. El revólver de John saltó como arrebatado por una mano invisible. Smith retrocedió, pero no tuvo tiempo de alcanzar a Marguerite para protegerse en ella. El miembro del Servicio de Espionaje norteamericano se arrojó a él como una tromba. La pelea no fue larga. Lewis le propinó un golpe de «judo» en el cuello.

Desde la puerta, Arthur Frost le felicitó:

—Enhorabuena.

—Conozco las reacciones de los malhechores. Cuanto más encanallada

es su vida, más miedo tienen a perderla. No palidezca. La muchacha solo está desmayada. Recobra el sentido.

La mirada de Maggy expresó una profunda alegría al ver a su lado al hombre que amaba.

—¡Oh, Arthur! ¡Qué espantoso!

—Sí, pero ya terminó —señaló a Frank Leston—. ¿Desvanecido?

—No. Muerto. ¡Él le asesinó!

—Acepta lo irremediable, Maggy. Smith pagará sus crímenes. ¿Aviso al Distrito?

—Aún no. Quiero prescindir de formulismos hasta que John me diga lo que necesito saber. ¿No le importa ir a mí coche por el aparato de cinta magnetofónica? Puede acompañarle su novia. Prométame no comunicar con la Metropolitana. Entre usted y yo obtendremos una declaración completa. Lleve a Maggy a casa. Lo que resta es cosa de hombres.

—De acuerdo. ¿Vamos, querida?

—Como mandes.

Los enamorados salieron al tiempo que una ambulancia se detenía en la puerta del jardín. El forense, el juez y dos sanitarios se hicieron cargo del cadáver de Olds...

CAPÍTULO XII

Media hora más tarde, el inspector Frost regresaba a Montgomery Avenue. Hank Lewis fumaba tranquilo y John Smith, recobrado el conocimiento, apretaba los labios, en gesto decidido.

—¡Hola, Arthur! Se entretuvo poco. Olvidé decirle que no hay prisa. Si este hombre se desangra nada pierde la Humanidad. Contémpole. Cualquiera al verle diría que él representa a la Ley. Su expresión denuncia una firme voluntad: la de no hablar. ¿Qué le parece?

—No son precisas sus palabras.

—Vamos a demostrárselo. ¿Trajo el aparato?

—Sí.

—Ponga la cinta. Mientras le prepara iniciaré el interrogatorio.

Frost esperaba una serie de preguntas acerca de los envíos de drogas y los mensajes a los agentes del espionaje soviético. Valoraba mal la inteligencia del inspector del Servicio Secreto.

—¿Raptó a Frank Leston del hospital de dementes, Smith?

—No contestaré más que en presencia de mi abogado.

El sardónico comentario hizo sonreír a Arthur.

—¡Vaya! ¡Se nos ha vuelto legalista! Escuche. Yo no pertenezco ni a la Metropolitana ni a Policía Federal. Soy un particular decidido a emplear *todos los métodos* —subrayó la frase— para saber lo que me interesa y que solo usted es capaz de decirme.

—La Ley me defiende.

El señor Frost, si yo se lo pido, saldrá al jardín a pasear, dejándonos solos. Él no es responsable de lo que suceda. Puede alegar que comenzó el registro de la casa. No creo que sea necesaria la violencia... ¿Por qué se niega a contestar? Encontramos el cadáver de Frank Leston junto a usted.

—Se mató de una caída. Soy inocente. Me limité a defenderme de un desconocido.

—¿De mí?

El del Servicio Secreto rió en tono quedo. Arthur intervino:

—Lo mejor será llevarle a Jefatura. Le aplicaré el «tercer grado»,

aunque me cueste la carrera.

—No. Pondremos en marcha el aparato. Quiero que Smith escuche algo interesante.

Un minuto más tarde, la cinta magnetofónica reproducía la conversación entre John y Maggy. Lewis comentó:

—Fue lista la muchacha al hacerle la pregunta de si usted había raptado a su padre. Por si no bastara lo que acaba de oír, ¿quiere decirle, Frost, la verdadera personalidad de Tim Riley?

—Es Harry Sands, un agente a mis órdenes.

—No sea tan parco en palabras, Arthur. ¿Qué encontró en el sótano?

—Los idolillos conteniendo opio en el despacho secreto y la relación de los mayoristas a quienes se destinaba la droga. Los de la Oficina de Narcóticos proceden en este momento a la redada.

—Se olvida lo de espionaje, Frost. No... no continúe.

Va a saber tanto como nosotros y no es conveniente. Sobran pruebas, Smith. ¡Hable! ¿Le duele la herida?

—Sí.

—Le curaremos. Empiece. No nos obligue a emplear otros métodos.

John, vencido, inclinó la cabeza con pesadumbre. Arthur y Lewis guardaron silencio. El primero puso en marcha la cinta magnetofónica, a fin de que registrara la confesión del indeseable.

—¡Para qué entrar en detalles de mi vida! Hasta que conocí a Marguerite no me ocupé sino de amontonar dinero. Ansiaba convertirme en el hombre más poderoso de Filadelfia. Después fue distinto. La amé con toda mi alma.

Hubo una larga pausa. Smith prosiguió:

—Maggy fue apartándose de mí. Yo le repugnaba. Concebí un propósito. Frank frecuentaba el cabaret en busca de personajes para sus novelas. Una noche le invité a jugar. Me acompañaban dos de mis hombres. Con un pretexto me levanté. Otro me sustituyó. Le advertí que no arriesgara mucho y paseé por el salón. Había planeado la ruina del escritor. Con ciertas cartas marcadas le ganaron lo que poseía. Tuve una escena violenta con Frank Leston al enterarme. Le reproché no haber escuchado mi consejo. Me pidió que callase. Aquello aceleró la enfermedad que minaba el cerebro del novelista, quien, deseando no dejar a su hija en la miseria, se entregó a un trabajo intenso, que perturbó por completo su razón. Le ingresaron en un sanatorio, de donde por su carestía, le trasladaron al Pennsylvania Insane Asylum. Hice varios préstamos a Maggy, y la muchacha me los fue devolviendo con los ingresos, por traducción, de las últimas novelas. El verla acompañada de un hombre me forzó a precipitar mis planes. ¡Todo antes que perderla!

Con frase precisa refirió el soborno de Denis Bolt y de qué medios se valió para vencer la obstinación de la muchacha.

—Tenía fe en mis hombres, a quienes hice socios del cabaret y del tráfico de drogas. —Expuso sus teorías sobre los errores en que incurrieron los más famosos *gángsters* dominando con amenazas a los miembros de sus organizaciones—. Me reservé para mí el mejor negocio. El espionaje. Mi labor se limitaba a recibir, junto con los estupefacientes, consignas y órdenes, que enviaba a Jack Maloney, el cual, a su vez, las transmitía a un tal Wintrop, cuyas señas él conoce. Nos pagaban bien el servicio.

—¿Cómo se explica, entonces, la matanza de la calle Tercera y el asalto al *night-club*? —interrumpió Arthur.

—Nos interesaba hacer creer a las autoridades que nada, sino el odio, nos ligaba y liquidar a un buen número de hombres. Proyectábamos abandonar el país.

Ahora fue Hank Lewis el que interrogó al prisionero:

—¿Por qué utilizaban los estupefacientes para introducir mensajes secretos? ¿No era peligroso hacerlo así?

—No. De ser descubiertos, las autoridades no pensarían más que en las drogas.

—¿Qué es lo que recibía?

—Órdenes para sabotajes e investigaciones, a largo plazo, de armas secretas. Vienen escritas en tintas simpáticas en los papeles que cubren las figuras.

El inspector del Servicio Secreto, inquirió de nuevo:

—¿Cuál era su participación en ese asunto?

—La economía. Fue Maloney el que me propuso el negocio. Es un hombre tosco. Le falta inteligencia y pidió mi ayuda. No quise saber demasiado, intuyendo los riesgos. Los federales son implacables. El posee todos los datos. No sé más. ¡Cúrenme!

—Lo haremos, John. Se portó bien.

Hank Lewis desmontó la cinta magnetofónica.

—Impresionaré en un disco la parte que corresponde a mi departamento, Arthur, y le entregaré el resto. En el proceso no deben figurar otros delitos que los de competencia de la Metropolitana.

—¿Dónde va?

—A buscar a ese Maloney, a su cabaret.

—Hágase acompañar de una veintena de agentes.

—Le necesito vivo. Veré cómo me las arreglo. Adiós.

—Espere. Le acompañaré. Quiero ayudarle. Trasladaremos antes a Smith a Jefatura. No puede negarse.

—No pensaba hacerlo. ¿Qué es lo que quiere preguntarme, John?

—Ignoraba que el Servicio Secreto me persiguiera.

—A usted, no; a las drogas desde Hong-Kong. El espionaje es un mal asunto. —Calló, asaltado por una idea—. ¿Celebraba entrevistas privadas con Jack Maloney?

—Sí.

—Cítele aquí. Escuche, John. Ignoro si queda algo noble en su alma. Le prometo que ni uno solo de los cargos que pueda hacerle el Servicio Secreto se usará contra usted. Su abogado tal vez le libre de la «silla». Eso a cambio de que nos ayude a cazar a Maloney.

—¿Cumplirá su palabra?

—El espionaje se borrará del sumario. Antes se lo advertí a Arthur. ¿No lo recuerda? En cuanto a las drogas... serán tantos los encausados que la responsabilidad común hará menos grave la pena. Decídase.

Smith vaciló unos minutos, dejándose engañar por un falso optimismo.

—Bajemos al *hall*.

Telefonó a su cómplice. Maloney no tardó en ponerse al aparato.

—¿Qué hay, John? Me he enterado de lo de tu cabaret. ¿Estabas cuando empezó el incendio?

—Sí, Jack. Lo provoqué yo. Hay peligro. Quiero hablar contigo. Limpia tu mesa de papeles y tráelos aquí. En el hotel de Montgomery Avenue destruiremos lo que nos comprometa. No tardes.

—Voy enseguida. ¿Es inmediato el riesgo?

—No. Disponemos de unas horas para huir.

—Bien. No te retires. Uno de mis hombres quiere decirme algo. —Acaban de radiar tu filiación, recomendando tu captura.

—No me cogerán. Ignoran este refugio. Tengo conmigo el dinero. Te corresponden cincuenta mil dólares.

John colgó el auricular, volviéndose a Lewis. Este dijo:

—Cumpliré mi palabra. Guiado por su egoísmo acaba de prestar un gran servicio a Estados Unidos.

Smith se mordió los labios. Dijo, señalando su destrozada muñeca:

—¿Habré de recibirle así?

—No. Usted no le verá. Océpese de que no nos estorbe, Arthur. Átele. Esta habitación es buena. Carece de ventanas y la puerta es recia. Reúnase conmigo en el jardín para dispensar una cariñosa acogida a ese *gángster*.

Cinco minutos más tarde, Frost se reunía con el inspector del Servicio Secreto. Le preguntó:

—¿Era sincero al hacer tales ofrecimientos a ese hombre?

—Sí. En la asignatura de Sicología de la Academia de Espionaje de Washington nos enseñaron una máxima cierta: «Ningún enfermo cree que su gravedad es tan grande como para morir y ningún malhechor pierde la esperanza de salvarse de la pena capital». Usted y yo sabemos que el asesinato de Denis Bolt y el secuestro de un enfermo mental sobran para que cualquier jurado dicte una sentencia irrevocable. Por si fuera poco mató a Leston. ¿Se sonríe?

—Es usted diabólicamente listo. ¿Cuáles son sus planes?

—Coger vivo a Maloney y llevármelo a mi departamento. Se lo

entregaré cuando no me sirva. Escondámonos. Confío que Maloney vendrá solo.

Los dos hombres, agazapados tras el boj, aguardaron el momento de la acción, que no iba a tardar en presentarse.

Diez minutos más tarde un chirrido de frenos les anunció a Jack Maloney. Experimentaron una desagradable sorpresa al comprobar que con él se apeaban cuatro hombres. Frost miró a Lewis, cuyo rostro no se había alterado por la imprevista complicación. Desde su escondite vieron apearse a los *gángsters*. El inspector del Servicio Secreto se incorporó, ordenándoles:

—¡Entréguense si no quieren morir!

La respuesta se la dieron en plomo. La automática de Lewis tronó dos veces y otros tantos indeseables cayeron para no levantarse más. Gritó a Arthur, que tendía a un tercer forajido:

—¡No mate a Maloney! ¡Lo quiero vivo!

El *boss* y el superviviente de su escolta se protegieron tras el tronco de un castaño, abriendo fuego. Estaban habituados a las situaciones difíciles.

—Téngales en jaque, Arthur. Voy a cubrir la salida.

Sin aguardar la conformidad del de la Metropolitana, se arrastró en dirección a la calle en el momento en que del vehículo que llevó a Maloney a Montgomery Avenue saltaba el conductor, dispuesto a ayudar a su jefe. Vio a Lewis e hizo fuego. El del Servicio Secreto segundos antes, rodó a la izquierda, disparando en incómoda postura. Alcanzó al *gángster* en el pecho, pero descubrió su posición. Los proyectiles zumbaron en torno suyo.

De bruces en el suelo, reptando, se apartó de la zona de peligro. Lejos sonaron las sirenas de los coches de la policía. Sin duda, algún vecino, al oír el tiroteo telefoneó al distrito. No se equivocaba en su hipótesis. Tres automóviles de la Metropolitana frenaron ante el hotel y numerosos hombres de uniforme se dispusieron a actuar. Lewis hizo señas a los agentes advirtiéndoles del peligro, y aprovechando el desconcierto de Maloney y de su camarada, de un salto traspuso la puerta, presentándose al oficial que mandaba el grupo.

—Soy el inspector Lewis, del Servicio de Inteligencia. Conminen a rendirse a esos forajidos.

El asombro del miembro del Servicio Secreto fue grande al ver que Jack Maloney y su cómplice salían con los brazos en alto. El primero explicó:

—Vine a ver a un amigo y nos atacaron. Por fortuna llegaron ustedes a tiempo.

Arthur Frost y Hank Lewis comprendieron. El *gángster* creyó que se trataba de una traición de John Smith y, seguro de que su enemigo no le concedería cuartel, se defendió a la desesperada. No vaciló en entregarse a la Metropolitana.

—Venga conmigo, Maloney. Quiero que charlemos sin testigos.

El aludido miró con sorpresa al que le hablaba.

—¿Y usted quién es? No hay nada contra mí.

—Utilizaremos su coche. Deme unas esposas, teniente.

Colocó los aros metálicos en las muñecas del *gángster*. El oficial dudó si permitir el arresto.

—Creo que no puedo autorizarle...

—Sí —medió Arthur exhibiendo su carnet—. Asumo la responsabilidad. Le espero en Jefatura, Lewis. Me encargaré de capturar a los miembros del *gang* de Maloney. Limpiaremos Filadelfia de indeseables. Si hubiera contratiempos, telefonéeme.

—Lo haré, Frost. Suerte.

—Lo mismo digo.

Vio alejarse a Hank con su prisionero. Informó de lo sucedido al teniente de la Metropolitana recabando su ayuda.

—Colaboraré, inspector. ¡Ya era hora de que ajustáramos las cuentas a esos asesinos!

—Trasladen a John Smith al distrito. El comisario o el agente Harry Sands se harán cargo de él. Después, reúnanse conmigo en el cabaret de Maloney...

EPILOGO

El veredicto no sorprendió a nadie. John Smith, culpable de los delitos de asesinato y tráfico de drogas, fue condenado de los delitos de asesinato y tráfico de drogas, fue condenado a la última pena.

Arthur y Marguerite se enteraron de ello por los periódicos, en Florida.

Pronto lo olvidaron. Una pareja de recién casados se olvida siempre de lo que no sea su felicidad.

FIN



EL BRAZO DEL DESTINO

por

LOUIS G. MILK

Browne sacó una navaja. Presionó el resorte y la lengua de acero brilló siniestramente.

—Yo no acabo de creerme del todo la historia del calamar... al menos en lo que se refiere a Arr. Tengo que decir, a la fuerza, que Pannox murió en la forma que todos declaramos, pero entre nosotros no debemos engañarnos. Creo que la cosa está bastante clara, ¿no?...

La mano de Stockton cayó súbitamente sobre su muñeca, haciendo saltar la navaja por el aire. Browne soltó una obscena interjección.

Stockton le golpeó con todas sus fuerzas en la mandíbula. Browne cayó de espaldas, aturdido por el fenomenal puñetazo.

EL BRAZO DEL DESTINO

*será el próximo número de esta gran
Colección*

¡No deje de leerla!

La revista de la canción

6 pesetas todas las semanas



es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONÀ (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE Fundada en 1712